LOS HOMBRES de la historia 119

la Historia Universal
a través de
sus protagonistas



Petrarca

Centro Editor de
América Latina

E. H. Wilkins

La figura de Petrarca se ubica en un momento vivo y pleno de contrastes de la historia cultural de Italia y de Europa. Es también un momento de crisis: las estructuras políticas, sociales y culturales se renuevan y se transforman; los dos sostenes políticos fundamentales del mundo medieval, el Imperio y la Iglesia, se hallan en estado de grave perturbación; la Guerra de los Cien años y otros conflictos continúan desgarrando parte del continente; el crecimiento demográfico se ha detenido. Sin embargo, en las grandes ciudades italianas las instituciones demuestran una notable capacidad de resistencia y de recuperación. En este proceso, Petrarca tiene una posición precisa: él vive con extraordinaria agudeza y sufrida participación las transformaciones y mutaciones de su tiempo y él mismo elabora, con vigorosa originalidad, algunas de las posiciones fundamentales del nuevo ideal humanista, ofreciéndose como modelo a las generaciones futuras.

En Petrarca no existe un verdadero dilema entre lo antiguo y lo nuevo, no existen dos Petrarcas entre los que se deba elegir: uno todavía dependiente de la tradición ascética y religiosa y literaria medieval, y el otro "moderno", anticipador y precursor de las nuevas épocas.

Los contrastes, en él, fueron profundos en el plano de los sentimientos pero casi nunca en el plano de la cultura. El sentido particular de su contribución, la novedad de su humanismo, se halla justamente en esta tentativa de conciliación y en la consiguiente restauración del cuadro general de los valores asignados a cada autor, clásico y cristiano. En el medioevo cada parte del saber, cada aspecto de la cultura hallaba su colocación en un plano horizontal y uniforme, indiferenciado; a Petrarca en cambio le interesaban los problemas de la formación interior del hombre: los problemas de la libertad moral, de la sabiduría, de la virtud, de la contemplación activa.

Francesco Petrarca nació el 20 de julio de 1304 en Arezzo y murió de improviso el 18 de julio de 1374.

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico, Fulvio Pentrelli.

119 - Petrarca - Humanismo y Contrarreforma

Este es el quinto fascículo del tomo Humanismo y Contrarreforma (Vol. 2).
La lámina de la tapa pertenece al tomo Humanismo y Contrarreforma (Vol. 2) del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 119:

Scala, Florencia.
Osterreichische National Bibliothek.
Biblioteca Trivulziana, Milán.
La búsqueda de las ilustraciones fue realizada por Antonio Zennaro, Roma y el estudio Arborio Mella, Milán.

Traducción de Antonio Bonanno

Centro Editor de América Latina S. A.
Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en septiembre de 1970.

Petrarca

E. H. Wilkins

1304
Francesco Petrarca nace en Arezzo el 20 de julio, en una casa de Vico dell'Orto.

1305
Va a vivir con su madre a Incisa.

1311
La familia se traslada a Pisa.

1312
El padre se establece en Aviñón, mientras la familia va a vivir a Carpentras, en los alrededores de Aviñón.

1316
Francesco comienza los estudios de derecho civil en Montpellier.

1320
Comienza sus estudios en Bolonia junto a su hermano Gherardo y a su amigo Guido Sette.

1326
Vuelve a Aviñón, probablemente a continuación de la noticia de la muerte del padre.

1327
El 6 de abril, en la iglesia de Santa Clara, se enamora de Laura.

1330
Entra al servicio del cardenal Giovanni Colonna.

1334
Realiza un viaje por Europa, deteniéndose en París, Gante, Lieja, Aix-la-Chapelle, Colonia y Lyon.

1336
El 26 de abril, junto con su hermano, escala el monte Ventoso. En diciembre se traslada a Roma.

1337
En el verano adquiere una casita en Vaucluse y va a vivir en ella. Nace su hijo Giovanni. Comienza a escribir *Sobre varones ilustres*, que retomará en 1351-1352 y en 1368-1374.

1338 ó 1339
Comienza la composición de *Africa* y también la de los *Triunfos*, que continúa hasta 1373.

1341
Se traslada a Nápoles para ver al rey Roberto de Anjou. Es coronado como poeta en Roma el 8 de abril. Pasa el verano y el otoño en Parma y en Selvapiana.

1342
Vuelve a Provenza y vive en Aviñón y en Vaucluse. Compone la primera versión del *Canzoniere* [Cancionero], que revisará y rehará nueve veces hasta 1374.

1343
El hermano Gherardo se hace monje. Nace una hija de Petrarca, Francesca. Escribe el *Secretos* y los *Salmos*. Comienza la composición de *El libro de las cosas memorables*, que continúa hasta 1345. En setiembre parte hacia Nápoles. En diciembre se traslada a Parma.

1345
A continuación de la guerra entre Parma y Milán abandona la ciudad. Permanece algunos meses en Verona. En otoño vuelve a Provenza.

1346
Escribe el *De vita solitaria* [Sobre la vida solitaria].

1347
Compone el *De otio religiosorum* [Del ocio religioso]. Recibe noticias del intento revolucionario de Cola di Rienzo. Deja el servicio del cardenal Colombo. Parte hacia Italia.

1348
Año de la peste. Petrarca lo pasa en parte en Verona y en parte en Parma. En abril muere Laura, y Petrarca recibe la noticia el 19 de mayo.

1349 - 1350
En este período vive en Parma, Padua y Mantua y hace una visita a Ferrara.

1350
Viaje a Roma, por el Año Santo, con etapa en Florencia tanto a la ida como al regreso. Comienza la colección de las *Epistolae familiares* y de las *Epistolae metricae*.

1351
Visita a Padua de Boccaccio. Petrarca vuelve a Provenza. Verano en Vaucluse. Otoño en Aviñón. Escribe las *Epistolae sine nomine*.

1353
Reúne las *Invectivae contra medicum*. Luego de la primavera transcurrida en Vaucluse, parte en junio hacia Italia. Se establece en Milán.

1354
En misión de paz en Venecia. El 5 de octubre muere el arzobispo Giovanni Visconti y lo suceden sus sobrinos Mateo, Galeazzo y Bernabó. En diciembre, Petrarca visita en Mantua al emperador Carlos IV de Bohemia.

1355
En enero se encuentra con el emperador en Milán.

1356
Viaje a Basilea y a Praga, en misión ante el emperador.

1357
Verano en el monasterio de Garegnano, cerca de Milán. Reúne las églogas latinas, escritas anteriormente, en el *Bucolicum carmen* [Cantos bucólicos]

1358
Escribe el *Itinerarium syriacum*.

1359
En marzo, una visita de Boccaccio. En octubre pasa algunos días en Pagazzano. En noviembre se traslada de la casa en los alrededores de San Ambrogio a aquella en los alrededores de San Simpliciano.

1360 - 1361
Compone *De los remedios de una y otra fortuna*. Viaje a París durante el invierno.

1361
En junio se traslada a Padua. En julio muere su hijo Giovanni. Comienza la colección de las *Epistolae seniles*.

1362
En setiembre va a vivir a Venecia, en el Palacio Molin, que fuera puesto a su disposición por la República. Frecuentes visitas a Padua.

1363
Visita de tres meses, en Venecia, de Boccaccio. En otoño viaje a Pavia.

1364
En marzo en Bolonia y en el Casentino, junto a Roberto di Battifolle. Durante el verano Giovanni Malpaghini entra al servicio de Petrarca. En otoño serio ataque de sarna y permanencia en Abano.

1365
En verano y en otoño en Pavia y en Milán.

1366
Su hija Francesca con su familia va a vivir con el poeta en Venecia. Verano y otoño en Pavia.

1367
Año pasado en Venecia, Padua y Pavia. Francesco escribe la invectiva *De sui ipsius et multorum ignorantis* [De la propia y ajena ignorancia]. En junio el papa Urbano V vuelve a Roma.

1368
Año pasado en Venecia, Pavia y Padua. En otoño visita de Boccaccio en Padua.

1369
En el verano el papa retorna a Aviñón.

1370
En los primeros meses del año Petrarca se establece en Arquà, donde pasa los años siguientes, con frecuentes visitas a Padua. Durante la primavera se pone en viaje con la intención de trasladarse a Roma. pero debe detenerse en Ferrara debido a una grave enfermedad.

1371
Su hija Francesca con su familia va a vivir a Arquà.

1373
Compone la invectiva *Contra los que maldicen a Italia*. Traduce al latín *Griselda*, de Boccaccio.

1374
Petrarca muere de improviso el 18 de julio. El servicio fúnebre se celebra el 24. en presencia de Francisco de Carrara. El poeta es sepultado en la iglesia parroquial de Arquà; luego sus despojos serán trasladados a un sepulcro de mármol, junto a la iglesia.



1

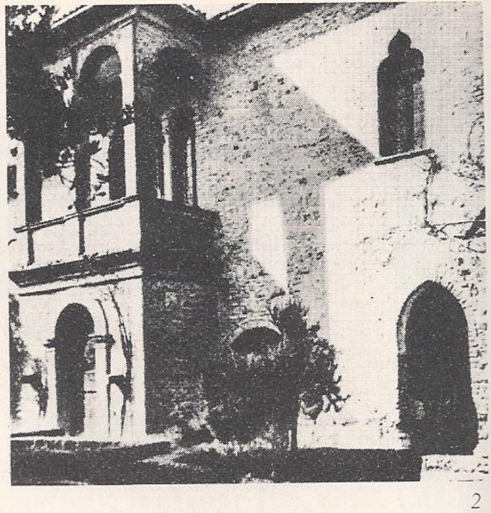
1. Petrarca en su estudio (miniatura ferraresa).

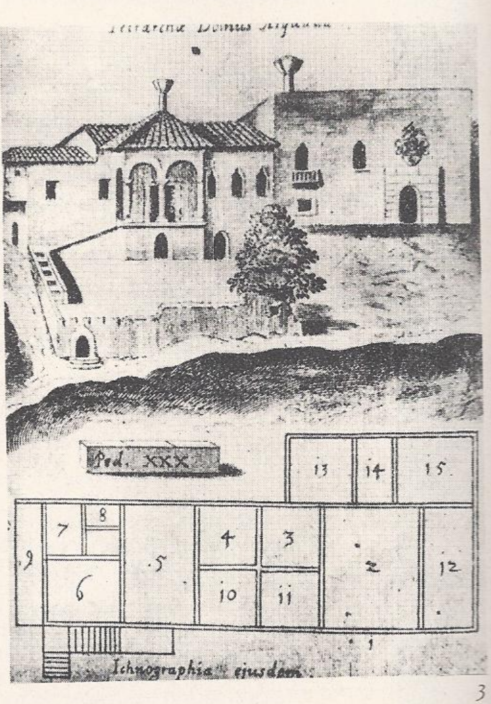
La figura de Francesco Petrarca se ubica en un momento vivo y contrastado de la historia cultural de Italia y de Europa. La civilización medieval, de ninguna manera "bárbara" u "oscura", había llegado a su otoño, caracterizado por el vasto incremento demográfico de las poblaciones europeas; un gran desarrollo de los viajes y de los comercios (exaltados al máximo en el momento afortunado de las cruzadas); por la primera acumulación de capitales, por la formación de la burguesía y de una sociedad mercantil; por la centralización de las actividades en las ciudades; por la evolución profunda de las instituciones jurídicas y políticas (con el desarrollo, en amplias zonas de Italia, de las comunas). A esto se agregaba el fervor religioso, con la renovación de las órdenes monásticas y la aparición de movimientos, aun heréticos, que a menudo daban voz a la inquietud social de las plebes; la evolución de las actividades artísticas y literarias que acompañaba a la nueva vitalidad de los estudios, con la fundación de las universidades. También deben recordarse los descubrimientos de la ciencia: la naturaleza había sido examinada y releída, bajo la guía de Aristóteles, para descubrir las leyes mecánicas que la rigen. La estructura biológica y psicológica del hombre había sido investigada con la dirección de Averroes; la organización teológica y moral del mundo había hallado una sistematización ordenada en la *Summa* de San Tomás.

Con la época de Petrarca coincide un momento de crisis. Las estructuras sociales, políticas y culturales se renuevan y se transforman. Los dos sostenes políticos fundamentales del mundo medieval, el Imperio y la Iglesia, se hallan en estado de grave perturbación; Francia, Inglaterra, Borgoña, Alemania, están desgarradas por la Guerra de los Cien Años y por otros conflictos. El crecimiento demográfico se ha detenido: en 1348 Petrarca asiste con espanto a la difusión de la peste. Sin embargo, en las grandes ciudades italianas —Florencia, Milán, Venecia— las instituciones demuestran una notable capacidad de resistencia y de recuperación; las fuertes energías desencadenadas por los conflictos internos se transforman en la creación de nuevos equilibrios: se echan las bases de las señorías. En los programas educativos, en las elecciones culturales, en la sensibilidad, en la misma íntima religiosidad, se van manifestando cada vez con mayor claridad las nuevas actitudes. Las ciudades italianas, aun en su diversa evolución y definición, presentan un gran florecimiento artístico; se imponen nuevos ideales de concreción terrena y de equilibrio formal; los señores y los regentes de las ciudades, por lo menos en el primer período de gran entusiasmo, adoptan un nuevo concepto de la ciudad terrena, como espacio urbano a ordenar y construir a la medida humana. Toma forma la nueva civilización, la del humanismo. Los "humanistas" (hombres de pluma y hombres de toga, cancilleres y magistrados y maestros de escuela), elaborarán los contenidos y las formas de la nueva cultura, como programa de estudio y adiestramiento para la escritura y la elocuencia, como ideal que abarca toda la formación del hombre, y también su concreta moralidad y religiosidad. En este proceso Petrarca tiene una posición precisa: él vive con extraordinaria agudeza y sufrida participación las transformaciones y las mutaciones de su tiempo, y él mismo elabora, con vigorosa originalidad, algunas de las posiciones fundamentales del nuevo ideal humanista, ofreciéndose como modelo a las generaciones que seguirán.

No existe un verdadero dilema entre lo antiguo y lo nuevo en Petrarca, no existen dos Petrarcas, entre los que se deba elegir: uno todavía dependiente de la tradición ascética y religiosa y literaria medieval, y el otro "moderno", anticipador y precursor de las nuevas épocas. Es evidente que algunas de las actitudes mentales, de las doctrinas y de los conocimientos medievales persisten en él y que él los acoge tranquilamente (y por otra parte, es evidente también que aquellos aspectos de la civilización medieval podían tener un valor íntimo, una vigorosa fecundidad). Petrarca nunca advirtió en sí mismo la necesidad de realizar una dramática elección entre los valores de la cultura clásica, que él estudiara con tanto amor, y los de la cultura auténticamente cristiana. Los contrastes, en él, fueron profundos en el plano de los sentimientos, de la vida vivida y por vivir; casi nunca lo fueron en el plano de la cultura. Habiendo rechazado desde el comienzo las sutilezas, las rigideces, los formalismos clasificadores, la aridez de un parte de la cultura doctrinaria y teológica del medievo, él se dedicó, con empeño cada vez más apasionado, a la recuperación de los valores que le parecían más auténticamente "humanos", y a la conciliación, que ya habían intentado los primeros padres y que le parecía que debía volverse a intentar en su tiempo, entre la sabiduría, el amor por lo bello y la serena armonía de la parte mejor de la tradición clásica, y la espiritualidad fina y profunda de la tradición cristiana.

El sentido particular de la contribución de Petrarca, la novedad de su humanismo, se halla justamente en esta tentativa de conciliación y en la consiguiente restauración del cuadro general de los valores asignados a cada autor, clásico y cristiano. En el medievo cada parte del saber, cada momento de la historia, cada aspecto de la cultura hallaba su colocación en un plano horizontal y uniforme, indiferenciado; las obras de la antigüedad eran conocidas, y se las estudiaba, pero sin diferenciación y sin objetividad, a medida que se sentía la necesidad de las mismas. Se introducía entonces un criterio de elección, de preferencia, un programa. A Petrarca los pro-


2



3

2. *La casa de Francesco Petrarca en Arquà.*

3. *Arquà: la casa del poeta en un grabado de Bonacolsi.*

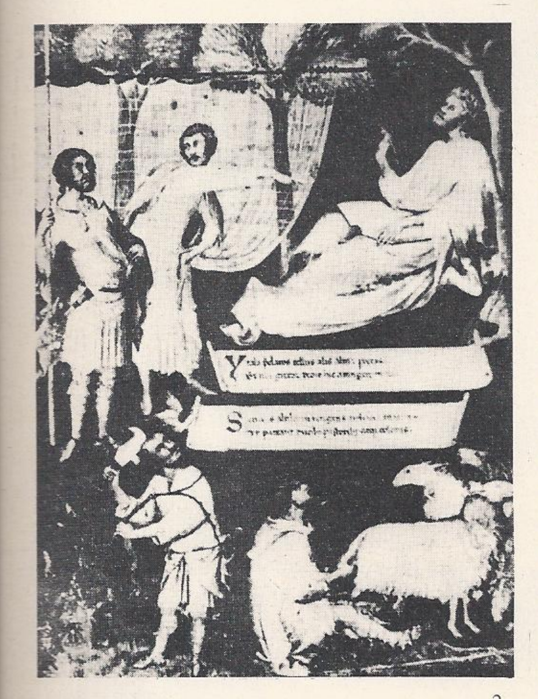
[illegible]

Q uis ante ora patrum troie sub menibus altis
C ontigit oppetere: o danaum fortissime gentis
T ydide. me ne iliacis occumbere campis
N on potuisse. tuaque animam hanc effundere dextra.
S euus ubi eacide telo iacet hector: ubi ingens
S arpedon: ubi tot simois correpta sub undis
S cuta uirum galeasque et fortia corpora uoluit.
T alia iactanti stridens aquilone procella
V elum aduersa ferit. fluctusque ad sidera tollit.
F ranguntur remi. tum prora auertit: et undis
D at latus. insequitur cumulo preruptus aque mons:
H i summo in fluctu pendent. his unda dehiscens
T erram inter fluctus aperit. furit estus arenis;
T res notus abreptas. in saxa latentia torquet
S axa uocant itali. mediisque in fluctibus aras
D orsum imane mari summo. tris eurus ab alto
I n breuia et sirtis urget. miserabile uisu
I llidit que uadis. atque aggere cingit harene.

[illegible]

1. Página del código virgiliano que perteneciera a Petrarca, con comentario autógrafo del poeta en el margen.

2. Una ilustración de Simone Martini en una página de la Eneida que perteneciera al poeta.



2

blemas de la teología le interesaban mucho menos que los de la vida moral; las complicadas construcciones de la ciencia medieval le parecían abstrusas y artificiales (de ahí el acento vigoroso de sus polémicas contra los averroistas). Le interesaban, en cambio, los problemas de la formación interior del hombre: los problemas de la libertad moral, de la sabiduría, de la virtud, de la contemplación activa.

También el hacer literatura, el escribir latín, era una actividad consciente, un ejercicio de elección estilística, un ideal de perfección. Y también en la carrera literaria, como en la moral, contaban los valores asumidos como modelo. Si Séneca y Agustín eran maestros de vida, Cicerón era maestro de estilo, y según el ritmo de la prosa de Cicerón se medían no sólo los períodos latinos de Petrarca sino también sus actitudes y posiciones. Vida y literatura tendían a identificarse entre sí. Petrarca sentía siempre despierto y activo en sí el deseo de traducir cada impulso del alma en formas literarias; pero en todo momento sentía también que el patrimonio literario que tenía a su alcance, las voces de los escritores que lo habían formado —algunas más caras y más frecuentadas que otras— se le ofrecían como dóciles calcos sobre los cuales modelar sus impulsos interiores. La literatura parecía poseer, en cada situación, una respuesta a la inquietud y a la solubilidad de la vida. A Petrarca no se le plantea el problema de la "sinceridad"; en él vida y literatura, efusión espontánea y emulación de los caros modelos tienden a convertirse en un todo único. Cada momento de su jornada se incluye en su autobiografía ideal, cada aspecto de su ideal reclama realizarse y tener un lugar en el ritmo sereno de su jornada. El lirismo espontáneo de su sentir se adecúa naturalmente a las formas poéticas ya probadas y codificadas de la tradición provenzal e italiana, su necesidad de amistad y de intercambio cordial de pensamientos halla realización en bellísimas epístolas, que están todas elegantemente dictadas, amorosamente rehechas sobre los modelos, destinadas a una vida mucho menos efímera que la de un simple mensaje entre amigos.

Pero la verdadera medida de la originalidad y del valor del humanismo de Petrarca nos la da la inmensa influencia ejercida por su obra: sus ideales humanos, su modo de leer los clásicos, de concebir la vida del literato, de escribir epístolas y rimas de amor, cada aspecto, en suma, de su vida y de su obra se convirtieron en modelos ideales de muchas generaciones. En Italia y en Europa, por muchos años, el ideal de vida y literatura elaborado por los humanistas fue el elemento propulsor de la cultura. El gusto literario y artístico, sereno y elegante, de los humanistas se hallaba en el origen de la atmósfera dominante; la cordial predilección de los humanistas por las amistades congeniales (y su interrupción, la áspera polémica, el gusto por la batalla intelectual) se convirtieron en los vehículos más eficaces de difusión cultural.

Sin embargo existían ya, en el interior de la posición de Petrarca, los elementos de una posible e insoluble contradicción, las premisas de una eventual involución; la cual, lamentablemente, se registró, en Italia en particular, con el agravarse de la crisis política y social. Los términos de vida y literatura, confiados a una mediación tan sutil y personal, podían separarse en cualquier momento: la literatura, proponiéndose como término único y autónomo, ideal solitario y limitado a un círculo restringido de pocos iniciados, y con ello mismo empobreciéndose y condenándose a la estirilidad. Así ocurrió que el lirismo petrarquesco acabó por convertirse en "petrarquismo", es decir, un modo convencional y genérico de hacer poesía, que dominó largamente en la tradición italiana. La búsqueda del equilibrio y de la serenidad interior, perseguida por todos los medios, terminó por implicar la separación progresiva de las "cosas" (de la naturaleza, no más amada e investigada en su sustanciosa y compleja presencia; de la ciudad, no más considerada espacio de empeño constructivo; de la sociedad, no más vista como dinámico encuentro de fuerzas sobre el cual intervenir y obrar), y el encierro en el limitado campo de las "palabras". Pero sería antihistórico imputarle a Petrarca la difusión del ideal del hombre de estudio encerrado en su orgullosa academia, sólo interesado por la vida contenida en sus libros. Porque, como es sabido, la difusión de tal ideal se debió a un conjunto de razones y motivaciones históricas mucho más variado y complejo.

Infancia y primeros amigos

Francisco Petrarca nació en Arezzo en la mañana del 20 de julio de 1304, en una casa de Vico dell'Orto. La familia era originaria del pequeño burgo de Incisa, donde los antepasados de Petrarca habían residido por tres generaciones. El padre, el abuelo y el bisabuelo del poeta habían sido notarios. El padre Pietro, comúnmente llamado Petracco o Petraccolo, hombre hábil y ambicioso, se había trasladado de Incisa a Florencia, para desarrollr allí su actividad.

En 1302, el mismo año del exilio de Dante, *ser* Petracco, que se había ganado la enemistad de un poderoso hombre político, había sido condenado sin proceso al exilio del territorio de Florencia, y a la confiscación de sus bienes. Logró alejarse incólume de la ciudad y refugiarse en Arezzo junto con su mujer, Eletta Canigiani. Allí fue donde nació Francesco.

En los primeros meses de 1305 Eletta fue a vivir a Incisa, en la casa de la familia, y llevó consigo al hijito. Eletta y Francisco estuvieron en Incisa por casi seis años, y en este período *ser* Petracco hizo lo posi-

ble para trasladarse secretamente y visitarlos de tanto en tanto. Francisco tuvo dos hermanos, uno de los cules murió siendo niño, y el otro, Gherardo, nacido en 1307, con quien tuvo una cálida relación durante toda la vida.
Las enseñanzas que recibiera el pequeño Francesco en su primera morada fueron profundamente religiosas.
En 1312 *ser* Petracco, luego de una breve permanencia en Pisa (en el curso de la cual Francesco vio probablemente, por primera y única vez, al compañero de exilio de su padre, Dante) decidió ir a vivir a Aviñón, donde el pontífice de origen francés Clemente VI había trasladado la sede del papado.
Tal vez ya en Pisa, o en Carpentras en los alrededores de Aviñón, donde la familia se había establecido, Francesco aprendió a leer con la ayuda de Convenevole da Prato, un viejo de corazón simple, óptimo gramático, quien se hallaba alejado de su ciudad en exilio voluntario.
La amistad con Guido Sette, un amigo que creciera junto a él en Provenza, duró sin sombras hasta el fin de su vida. En una carta dirigida a él en los últimos años, el poeta hablará de su infancia en Carpentras: "¿Recuerdas aquellos cuatro años? ¡Cuánta felicidad, cuánta seguridad, qué serenidad en casa y qué libertad fuera, y qué horas tranquilas en los campos y qué silencio!" (*Seniles*, X, 2).
El rasgo dominante del carácter de Petrarca fue, en efecto, el deseo constante de amar y ser amado. Ningún otro hombre formó y cultivó una reserva más rica de amistades; ningún otro hombre gozó de una devoción tan profunda por parte de los amigos y mantuvo una afección tan profunda para con ellos. Petrarca no habría podido ser Petrarca sin los vínculos de amistad que tuvo con Guido Sette, Giacomo Colonna, su Sócrates (Ludwig von Kempen), su Lelio (Lello di Pietro Sstefano del Tosetti), Philippe de Cabassoles, Azzo da Coreggio, Barbato, da Sulmona, Nelli, Boccaccio, Donato Albanzani, Francesco da Carrara, Lombardo della Seta y muchos más.

Los estudios

En 1316 *ser* Petracco decidió que había llegado el momento para que Francesco comenzara sus estudios de derecho civil, y por lo tanto se dispuso a enviarlo, en el otoño de aquel año, a la Universidad de Montpellier. Francesco, según parece, aceptó esta decisión sin discutir. Sin embargo, sus intereses más genuinos tenían otra dirección. Mientras se hallaba en Montpellier adquirió algunos ejemplares de obras clásicas, entre ellos algunos poetas latinos y todas las obras de Cicerón que pudo procurarse.
Los años transcurridos en Montpellier no carecieron de horas felices. Guido Sette estaba con él. Y Petrarca le escribirá: "También allá, qué tranquilidad la de entonces, qué paz, qué abundancia de mercaderías, qué multitud de escolares, cuántos maestros!" (*Seniles*, X, 2).
Hacia los 15 años Francesco experimentó el primer gran dolor, el de la muerte de la madre, a la que lo ligaba profundo afecto. En la carta de recuerdos a Guido Sette el poeta habla de ella como de la "mejor madre de cuántas he conocido, madre mía en la carne, y en el amor, y a mí y a ti —Guido— madre común" (*Seniles*, XVI, 1). La primera composición poética que se conserva de Petrarca es justamente una elegía en versos latinos profundamente conmovida, escrita inmediatamente después del suceso.
Luego de los cuatro años pasados en Montpellier, Francesco fue enviado a completar sus estudios de leyes a la Universidad de Bolonia, el mayor centro de estudios jurídicos de Europa. Con él marcharon a Bolonia su hermano Gherardo y Guido Sette, así como un preceptor, que según parece, tenía la misión de actuar como padre.
Durante los años pasados en Bolonia, Francesco se dedicó con gran empeño al estudio del derecho civil. El estudio teórico del derecho suscitaba en él interés y pasión: la ciencia del derecho derivaba esencialmente de los ordenamientos jurídicos de la antigua Roma, y la antigua Roma ya había comenzado a conquistarlo y fascinarlo. Él concibió gran admiración por los profesores, y de ellos, en la carta de recuerdos a Guido, así escribió: "Recordarás, seguramente, cuál es el orden, la disciplina, la dignidad de los profesores: se habría podido creer que habían vuelto a la vida los antiguos jurisconsultos" (*Seniles*, X, 2). Realizó sus estudios con gran provecho, y alguien ha dicho que si se hubiera dedicado a la profesión jurídica habría podido obtener los más brillantes resultados. Pero la práctica legal, con la mezquindad de la casuística y las frecuentes ocasiones de ser deshonesto, le repugnaba totalmente. Entre los compañeros de estudio Petrarca halló, naturalmente, muchos nuevos amigos: Tomaso Caloiro, Mainardo Accursio, Luca Cristiani y otros. Y la amistad con los mismos no estaba limitada al estudio común. En la carta a Guido, así escribe Petrarca:
"Con el ingreso en la adolescencia había llegado la edad más apasionada, y yo me atrevía a hacer más de lo que era lícito y habitual. Iba con mis coetáneos: en los días de fiesta hacíamos paseos tan largos que a menudo el sol se ponía mientras aún estábamos en los campos; y volvíamos con la noche, y las puertas estaban abiertas; y si por cualquier razón estaban cerradas, no había muros en torno a Bolonia; sólo un cercado ya estropeado por el tiempo ceñía a la pacífica ciudad . .
Así, en lugar de uno solo, existían numerosos ingresos" (*Seniles*, X, 2).
Los años transcurridos en Bolonia fueron importantes por otra razón, ajena a los estudios. En aquel lugar Petrarca tomó contacto por primera vez con jóvenes que escribían poesía, no ya en el latín de las escuelas sino en la propia lengua viva de ellos, el italiano, como lo había hecho justamente en Bolonia, algunas generaciones antes, Guido Guinizelli y como lo estaba haciendo entonces, luego de los estudios realizados en la misma ciudad, Cino da Pisoia. Por lo tanto, también es probable que Francesco escribiera poesías en italiano mientras se hallaba en la ciudad emiliana, aun cuando ninguna de las composiciones más antiguas que nos llegaran de él se pueda atribuir a aquellos lejanos años.
En abril de 1326 Petrarca dejó Bolonia, probablemente a continuación de la noticia, que entonces recibiera, de la muerte de su padre. Volvió a Aviñón con la clara convicción de que la profesión legal no estaba hecha para él.

Laura

Vueltos a Aviñón, por cierto tiempo los dos hermanos llevaron una vida mundana y desprejuiciada. Se dedicaron a escribir versos de amor en italiano, con la esperanza de conquistar lauros y fama, como en realidad ocurrió. Sin embargo, para ambos el amor se tornó muy pronto en una seria realidad. De la mujer amada por Gherardo sólo sabemos que Francesco elogió su gentileza y que murió joven.
En cuanto a Francesco, el 6 de abril de 1327, en la iglesia de Santa Clara, vio a una joven, cuya identidad continúa siendo desconocida, y se enamoró de ella. En uno de los primeros sonetos, que desarrolla un juego de palabras acerca del nombre de la mujer, ella se llamaba "Lauretta"; pero en otros escritos siempre se la denomina Laura. Se trató de un amor no correspondido, a pesar de lo cual nunca declinó y continuó como afectuoso recuerdo aun después de la muerte de la mujer. En una ocasión Giacomo Colonna llegó a expresar sus dudas acerca de la existencia real de Laura; la respuesta de Petrarca confirma, con fuerza de sinceridad, que el suyo fue un amor muy real, que lo mantuvo en estado de constante tormento y del que nunca logró liberarse, a pesar de sus esfuerzos. Aquel amor le inspiró muchas poesías en lengua vulgar y algunas poesías en latín.
En torno a 1330 los dos hermanos notaron que la tranquilidad financiera en que hasta ese momento habían vivido comenzaba a diluirse, en parte como causa de la negligencia de los ejecutores testamentarios de *ser* Petracco, y en parte por los robos de los sirvientes. Era indispensable que se buscaran una profesión. Gherardo probablemente intentó obtener algún provecho de su propia preparación jurídica. En cuanto a Francesco, su disgusto por la profesión legal le impedía dedicarse a la misma, y con respecto a la profesión médica, la consideró siempre con igual desprecio, fuente de una cultura de im-

1. Jean Fouquet: Aviñón, el papa en Concilio.

2. Miniatura, Bolonia, del siglo XIV*: el papa dicta las decretales.*



1



2

pronta medieval, ajena a la "práctica" de las ciencias, que se consideraba actividad inferior y degradante. Sólo le restaba la carrera eclesiástica; a la misma, justamente, se volvió Francesco, en armonía con la educación religiosa y con su fe profunda. Su religión consistía esencialmente en la acentuación de los artículos de la fe y en la observancia de cuanto estaba prescripto por la Iglesia. Él no exploró jamás los problemas de la teología; desde su juventud se sometió regularmente y de buen grado a la práctica de la confesión, del ayuno y de las plegarias a recitar de día y de noche. Su religión, más que una experiencia espiritual, más que la conciencia de un amor divino al que fuera necesario corresponder, era una serie de creencias y de preceptos que, de ser observados fielmente, aumentarían sus posibilidades de huir al infierno y de ganarse el paraíso. Consideraba a la Iglesia como a la más sagrada de las instituciones y criticó ásperamente las debilidades demasiado humanas a las que se abandonaba indulgentemente la babilónica corte del papa. El servicio eclesiástico, a sus ojos, era una profesión honorable, y aceptó de buen grado los privilegios y las ventajas que de la misma, según las costumbres de la época, recibía; nunca se sintió llevado a cuidar almas, y tampoco digno de tal oficio, y nunca aceptó un cargo que requiriera la asunción de responsabilidades pastorales.

En el otoño de 1330 el cardenal Giovanni Colonna, por recomendación del hermano Giacomo, obispo de Lombez y desde hacía tiempo amigo del poeta, acogió a Petrarca en su propio servicio como capellán de familia. Éste fue para Francesco el primer trabajo propiamente eclesiástico. Fue miembro activo de la corte del cardenal hasta 1337, y luego por otros diez años fue miembro ocasional de la misma. En diciembre de 1334 murió el papa Giovanni XXII y se eligió a Benedetto XII para reemplazarlo, a quien Petrarca le dirigió, en los años siguientes, dos largas epístolas en versos latinos, exhortándolo a reconducir la sede papal a Roma (*Metricae*, 2, 2 y 5). El 25 de enero de 1335 el nuevo papa, por propuesta oficial del cardenal Colonna, concedía a Petrarca el beneficio de una canongía en la catedral de Lombez. Otros títulos obtendría en los años siguientes, los que le asegurarían, con el derecho al beneficio, cierto mantenimiento.

El monte Ventoso

Los años juveniles de Petrarca habían transcurrido en buena parte ante la presencia dominante del monte Ventoso [Ventoux], y por muchos años él había pensado en escalar la gran montaña. En abril de 1336 deseó realizar el proyecto largamente meditado y decidió llevar consigo a su hermano Gherardo. El día 24 de aquel mes ellos partieron a caballo de Aviñón a Malaucène, una aldea sobre la vertiente septentrional de la montaña, y allí se detuvieron el día siguiente en una hostería. El 26 se levantaron al alba e iniciaron el largo y difícil ascenso. Llegados a la cima, miraron en derredor y Petrarca se sintió asombrado y conmovido por tanto espectáculo. Al mirar hacia Italia pudo descubrir a la distancia las cimas de los Alpes cubiertas de nieve. Hacia el norte vio los montes de Lyon; al sur Marsella y el mar; a oeste el golfo de Aiguesmortes. Allá abajo, lejos, estaba el curso del Ródano. Francesco, que como siempre llevaba consigo un minúsculo ejemplar de las *Confesiones* de San Agustín que en 1333 le había regalado el monje agustino Dionigi da Borgo San Sepolcro, lo abrió al azar y, como él mismo nos dice (atribuyéndole al episodio un profundo significado alegórico), su vista cayó sobre este pasaje: "Y los hombres van a admirar las cimas de los montes y las enormes oleadas del mar y las vastas corrientes de los ríos y el giro del océano y la rotación de los astros; pero de sí mismos no se preocupan" (*Familiares*, IV, 1) Francesco y Gherardo descendieron en silencio y llegaron a la hostería tarde en la noche, a la luz de la luna.

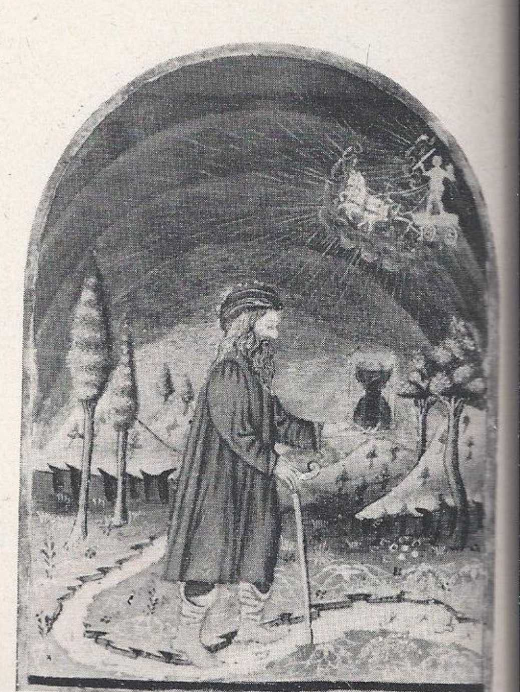
En diciembre de 1336 Petrarca recibió una carta de Giacomo Colonna desde Roma, en la que el obispo le daba a entender que necesitaba que fuera por un tiempo junto a él. El cardenal Giovanni concedió su permiso y Petrarca partió, desembarcando en Civitavecchia luego de un viaje muy tempestuoso.

En aquel período la campiña romana estaba poblada por bandoleros y por bandas vagabundas de partidarios de los Orsini; por ello, Petrarca no se marchó directamente a la ciudad, sino que fue primero a Capranica, donde se hallaba el castillo de Orso dell'Anguillara. A pesar de los peligros de aquellos lugares solitarios, Petrarca no tuvo temores, y realizó numerosos paseos por las colinas. Desde hacía tiempo pensaba secretamente componer algún escrito que le conquistara la fama para la posteridad.

El deseo de obtener fama, por otra parte, siempre fue intenso en él, sobre todo en los años de la juventud y de la primera madurez. Refiriéndose justamente a este deseo, en la canción *Yo voy pensando, y en el pensar asido . . .*, dice:

Y si le mato vuelve con pujanza,
que desde su niñez por larga usanza
creciendo va conmigo de continuo,
y temo que ambos un sepulcro incluya.

La aspiración a la fama se unía en su mente con el amor por Laura, y tal vínculo hallaba confirmación en la semejanza entre el nombre de Laura y el del laurel. Lentamente, sin embargo, con el pasar de los años a aquellos dos sentimientos se agregará un estado de descontento y de tormento interior: el poeta tuvo la sensación de que el amor por Laura y el deseo



1

1. *Giacomo da Verona: ilustración de* Los triunfos, *de Francesco Petrarca, del código vienés 2649.*

de fama estaban en conflicto con la esperanza de obtener la salvación, no porque ellos fueran pecaminosos en sí mismos, sino porque le impedían llevar un tipo de vida que le habría asegurado la salvación. Es característica de Petrarca la lúcida conciencia de este conflicto, y el profundo malestar que el mismo le proporcionó; de tal malestar él pudo obtener algún alivio en los años centrales de su vida, en un análisis completo de su estado de tomento. Luego, con el pasar de los años el deseo de fama se fue debilitando. Una vez obtenida la fama que buscaba, comprendió que la misma le proporcionaba más envidias que satisfacciones. Antes de morir se habría sentido dispuesto a escribir el triunfo del Ttiempo sobre la Fama.

Vaucluse

Cuando en Roma se supo que el poeta había llegado a Capranica, Giacomo y el hermano mayor, Stefano, fueron con una escolta armada a buscarlo, y unos días después acompañaron a Petrarca a Roma. La Ciudad Eterna lo impresionó fuertemente: en las cartas dice haberse sentido agobiado por el estupor y por la reverencia. No sabemos cuándo Petrarca abandonó Roma; lo cierto es que en julio estaba nuevamente en Aviñón. Pero el viaje a Roma contribuyó a intensificar los intereses literarios de Petrarca: en los años de Aviñón él había escrito numerosas poesías en italiano (un centenar de las mismas pasó a formar parte del *Cancionero*, mientras otras se perdieron). Pero el interés por la civilización y la literatura de la antigua Roma siempre había sido grande en él, y hacia 1333, al mismo se había agregado el deseo de conocer la vida y la literatura cristiana de los primeros siglos. Con el viaje a Roma aquellos dos intereses se reforzaron. Cuando volvió a Aviñón, hacía muy poco que Petrarca había cumplido treinta años. Su personalidad indudablemente excepcional, su grandísima inteligencia y erudición, su fama de poeta en lengua italiana, su profundo interés por la vida pública le habían ganado la admiración y la estima de los círculos papales y de todos los aviñonenses.

Poco después del retorno a Aviñón, él adquirió una casita en Vaucluse, en la ribera meridional del Sorgue, no muy lejos de la gruta de la que surge el agua del río; y allí fue a vivir. Era la realización de un sueño de su infancia. Así abandonaba la multitud y el clamor de Aviñón y se liberaba del contacto con las intrigas de la corte papal. Vaucluse le ofrece soledad, paz, simpleza de vida y la fascinación de la naturaleza.

En una *epistola metrica* de aquellos años dirigida a Giacomo Colonna, el poeta describe su vida en aquel tiempo: dice estar contento con su pequeño campo, con su casa, con sus libros, y que no desea nada más. Agrega que ha tratado de liberarse del amor que lo atormenta realizando viajes, pero no lo ha logrado, y tampoco en Vaucluse lo abandona la imagen de Laura. Al hablar de sus acciones de todos los días, así se expresa:

"Mi cena es ligera, y a la misma sirven de condimento el hambre, la fatiga y el ayuno de la larga jornada; el campesino hace las veces de siervo, y tengo por compañeros a mí mismo y al perro."

Le llegan con frecuencia las cartas de los conocidos; y hay amigos secretos —los libros— que están siempre con él:

"Interrogo ora a éstos, ora a aquéllos, y todos me responden muchas cosas, de muchas cosas cantan y hablan; y algunos me develan los secretos de la naturaleza, algunos me dan óptimos consejos para la vida y para la muerte; algunos narran las bellas empresas de los antiguos, o bien las propias, haciendo revivir los hechos del pasado. Y hay quien con alegres palabras aleja de mí la tristeza y quien bromeando me devuelve la risa; otros me enseñan a soportar todas las cosas, a no desear nada, a conocerme; y son para mí maestros de paz, de guerra, de agricultura, de elocuencia y de navegación" (*Metricae*, 1, 6).

Antes de finalizar 1337, ya decidido a utilizar el latín para sus escritos mayores y dispuesto a emprender obras que requirieran una larga aplicación de estudios, Petrarca comenzó a trabajar en el *De viris illustribus* [De los hombres ilustres], una serie de biografías de los antiguos héroes, en gran parte romanos, de la que continuó ocupándose, con pausas e intervalos, hasta el fin de su vida. El día del viernes santo de 1338 o de 1339, mientras vagaba por la colina de Vaucluse, sintió surgir en sí con fuerza de convicción, la idea de escribir un poema épico en latín, cuyo protagonista fuera Escipión el Africano; lo comenzó casi de inmediato, titulándolo *África*. En aquellos años, aparte del *De los hombres ilustres* y de *África*, Petrarca escribiría diversas *epistolas metricae*, algunas de las cuales son comparables, por la perfección de la forma y la intensidad expresiva, a las más bellas entre las líricas italianas. Además, cerca de cuarenta de las líricas italianas incluidas en el *Cancionero* se remontan a este período. En su conjunto las mismas reflejan una profundización del pensamiento y del sentimiento y una más refinada técnica poética. Entre tantas, las dos canciones: *Claras, frescas y dulces aguas*, inspirada en una visita de Laura a Vaucluse, y *Espíritu gentil, que aquellos miembros sostienes*, que es una denuncia muy elocuente de las míseras condiciones de Roma, a la que sigue un llamado, dirigido a un autorizado personaje, desde hacía poco elegido al Senado romano, para que se haga lo necesario para que restituya a Roma la gloria pasada. Es de estos años su soneto más bello, y tal vez el más típico de una concepción del poeta que lo sobreviviría por siglos:

Pensativo, los más desiertos campos
voy midiendo con paso tardo y lento
y, a fin de huir, voy contemplando atento
si hay en la tierra algún vestigio humano.

No hallo otra distracción que no me aparte
del comercio normal con la otra gente,
pues en los actos de la alegría tibia
de fuera ven cómo por dentro ardo.

Y es que ya sé que montes y que playas
y verdes selvas saben de qué temple
es la mi vida, que la gente ignora.

Mas no hay vida, por ruda y por agreste,
en que conmigo Amor siempre no venga
y en que con él no vaya departiendo.

La coronación

En Roma, en los años del Imperio, era costumbre realizar cada cinco años un concurso en el Capitolio, destinado a los cultores de las diversas artes y disciplinas, entre ellas la poesía, cuyo vencedor recibía en premio una corona de encina. Durante el medioevo la tradición había sido saludablemente retomada y en 1315 el poeta e historiador Albertino Mussato había recibido una corona de laureles en la ciudad natal de Padua. Además, parece ser que se había colocado una corona de laureles en la cabeza de Dante el día de sus exequias en Ravenna. Desde que Petrarca tuvo conocimiento de la antigua tradición, había nacido en él el deseo de recibir a su vez aquel honor; y tal deseo se alimentó con la llama siempre viva en él de la aspiración a ser famoso. En la mañana del primero de setiembre de 1340 la Universidad de París, por intermedio de su canciller, le hizo llegar a Petrarca el ofrecimiento de conferirle la corona poética; y una oferta similar recibió, durante la tarde de aquel mismo día, por parte del Senado romano. Su preferencia natural debía volcarse claramente por Roma, no obstante lo cual consideró oportuno pedir primero el consejo del cardenal Colonna. Recibido el consejo de aceptar la oferta de Roma, el poeta lo siguió sin ulteriores hesitaciones. El 16 de febrero Petrarca llegó a Marsella y desde allí zarpó directamente hacia Nápoles, ya que había elegido al rey Roberto de Anjou como padrino de su coronación. Llegado a Nápoles hacia fines de febrero, permaneció en la ciudad alrededor de un mes. Durante su estadía napolitana el poeta estuvo a menudo en compañía del rey, y conoció también a dos gentileshombres de la corte, Barbato da Sulmona y Giovanni Barrili, con los que estrechó una amistad duradera.

La coronación, que constituye el episodio más espectacular de la vida de Petrarca, tuvo lugar en Roma el 8 de abril, en la sala de audiencias del palacio del Senado, en el Capitolio. Llenaba la sala una multitud de ciudadanos romanos. Petrarca lucía un "manto de honor" que le regalara el rey Roberto. Luego del sonar de las trompetas el poeta pronunció su oración.

1

1. El amor cortés, en una miniatura francesa del siglo XV.

2. La construcción de un castillo, en una miniatura francesa del siglo XV.

3. Petrarca presenta un ejemplar de sus obras al rey de Francia (de un manuscrito francés del siglo XV*).*



2



3

Entonces Orso dell'Anguillara, uno de los dos senadores en el cargo, leyó una larga declaración, enumerando los honores que se le concedían al coronado. La ceremonia se concluyó con un elogio a Petrarca pronunciado por Stefano Colonna el Viejo. Luego de lo cual el poeta, acompañado por un pequeño séquito, atravesó la ciudad y se dirigió a San Pedro, donde depuso sobre el altar la corona que había recibido. Ya Petrarca se había convertido en hombre famoso, el más famoso entre los ciudadanos vivientes. Pero la coronación, en las intenciones suyas y también en la realidad de los hechos, fue algo más que un triunfo personal: fue una tentativa lograda de reconducir ciertos grandes valores culturales a la posición de alto prestigio que los mismos habían gozado en la antigua Roma y que nuevamente gozarían en la época que estaba comenzando, en la época del Humanismo.

Abandonada Roma, Petrarca se trasladó a Parma, a lo de los Correggio, y pasó el verano y el otoño de 1341 parte en Parma y parte en Selvapiana, un pequeño valle ameno y tranquilo de los Apeninos atravesado por el río Ena, donde le pareció reencontrar la tranquilidad de Vaucluse. En este período completó un primer esbozo de *África* y escribió la canción *De pensamiento en pensamiento, de monte en monte*, que tiene como tema la supervivencia del amor, aun cuando la amada está lejos. En febrero o marzo de 1342 volvía a partir hacia Provenza; llegado a Aviñón, se enteró de que el papa Benedetto XII estaba a punto de morir. En tal ocasión escribió una carta reservada a Philippe de Cabassoles, en la que trazó un retrato sumamente severo de Benedetto y dio una descripción angustiosa de la situación en que se debatía el papado. Benedetto murió el 25 de abril y el 7 de mayo fue elegido Clemente VI para sucederlo. Petrarca estaba destinado a tener frecuentes contactos con el nuevo papa y, en años posteriores, también pronunciaría palabras muy severas con respecto a él. Se intensificaban sus intereses políticos, se precisaba una polémica contra los príncipes de la Iglesia, que contradecían los dictámenes de su ministerio en homenaje a motivos personales o contingentes.

Entre el verano de 1342 y la primavera de 1343 Petrarca residió por largos períodos en Aviñón, siempre añorando su Vaucluse. En aquel período también comenzó a estudiar griego, con la ayuda del monje basiliano Barlaam: no más que un acercamiento pero igualmente significativo de aquel deseo de releer los clásicos con instrumentos adecuados, que marcará a la nueva cultura.

La crisis interior

En abril de 1343 Gherardo, hermano de Francesco y su compañero en los años de la juventud, se hizo monje cartujano y fue enviado al monasterio de Montreux, en las colinas al norte de Tolón. Los dos hermanos habían hablado con frecuencia, en los últimos tiempos, de la posibilidad de que Gherardo diera aquel paso, pero la decisión final, según parece, fue tomada de improviso. Para Francesco esto significó no sólo el fin de la afectuosa intimidad con el hermano, sino también una admonición personal y una invitación a realizar un completo examen de conciencia. A pesar de la indiscutible sinceridad de su fe y su constancia en las prácticas religiosas, su vida no estaba inspirada uniformemente en los principios de la religión y, en cambio, él sentía que así habría debido ser y que su hermano había elegido la mejor solución; sin embargo, era demasiado grande su interés por la vida activa para que pudiera obligarse a renunciar a la misma.

Petrarca sentía un profundo goce frente a diversos aspectos de la naturaleza, a la majestad de la montaña, a la gracia más recogida de Vaucluse, donde podía vagar libremente por bosques y campos. Y cuando se ponía en viaje o cambiaba de residencia, era con alegría que observaba los infinitos nuevos aspectos del mundo que se le revelaban. Con sincero placer admiraba la belleza y la inteligencia de los hombres, los poderes de reflexión y de creación propios de la mente humana, y las diversas actividades del hombre, la historia, la filosofía, la poesía, la elocuencia, la capacidad de conversar, la música, las artes figurativas (lo que él dice acerca de Giotto y de Simone Martini demuestra su fino gusto artístico).

A estas cualidades del hombre y de la naturaleza él se refiere, con profundo sentimiento de deleite y de reconocimiento, en un fragmento del *De Remediis*, en el que presenta a la Razón, que habla con el Dolor: "Que la miseria de la condición humana sea grande y múltiple, yo no lo niego... Pero si miras el otro lado del problema, verás que existen muchas cosas que hacen feliz y agradable la vida... La imagen vuestra, hecha a semejanza de Dios vuestro creador; el alma humana que poseéis dentro de vosotros; el ingenio; la memoria; la capacidad de prever; el uso de la palabra; tantos instrumentos; tantas artes al servicio de vuestro ánimo..., una variedad tan grande de las cosas más diversas, que en modos extraordinarios e indescriptibles no sólo atienden vuestras necesidades, sino también a vuestro deleite; y además tal fuerza en las raíces, tantos jugos en las hierbas, tanta feliz variedad de flores; tal deliciosa multiplicidad de perfumes y de colores y de sabores y de sonidos, una armonía que nace de cualidades tan contrarias; y tantas criaturas vivientes en el cielo y en la tierra y en el mar.. ¿Y qué del espectáculo más espléndido de todos, y de todos el más glorioso: el de la bóveda del cielo que gira a una velocidad incomprensible, en la que se hallan las estrellas fijas y aquellas que vos llamáis las estrellas errantes?" (*De los remedios de una y otra fortuna*).

Petrarca tenía conciencia de que una aceptación completa y fiel de las creencias y de los preceptos de su religión implicaba también la renuncia a muchas de aquellas cosas que hacían que la vida le pareciera más agradable. En el último verso de la canción *Yo voy pensando, y en el pensar asido...*, él dice: "Y veo lo mejor y a lo peor me aferro". Durante 1343, además, Petrarca, que ya había tenido un hijo en 1337, tuvo una segunda hija, Francesca, de una mujer cuyo nombre nos es desconocido. También esto fue para él una admonición en cuanto a rever su modo de vida, que lo llevó a ejercer un más resuelto dominio sobre sí mismo.

La tensión y las dificultades interiores de estos dos años le inspiraron la composición de una obra que está entre las más originales y notables de las suyas: el *Secretum*, que es el equivalente petrarquesco de las *Confesiones* de San Agustín. La obra consiste en un análisis profundizado de sí mismo, en forma de diálogo entre dos interlocutores: "Agustinus", el implacable examinador que representa un ideal de vida estrictamente religioso, y "Franciscus", que da voz al hombre Petrarca, dispuesto a admitir sus propias culpas, pero dispuesto también a defender ciertos valores que, si bien no son propiamente religiosos, le parece que poseen su verdad y dignidad. La obra está dividida en tres libros, el primero de los cuales contiene, bajo la forma de introducción general, una discusión de la incapacidad de Petrarca para lograr la paz espiritual. En el segundo libro Agustín hace una reseña de las culpas de Petrarca, haciendo referencia a los siete pecados capitales: Francesco supera la prueba bastante bien, salvo en el caso de la incontinencia y de la pereza. Con este término él alude a las crisis de depresión y de abatimiento espiritual que lo atacan a veces tenazmente y lo atormentan por enteras noches y jornadas: entonces sus días no tenían más luz ni vida, y le presentaban la oscuridad del infierno y la muerte más acerba. Él sentía "odio y desprecio por el estado humano". (Por fortuna, la intensidad y la frecuencia de los ataques de este mal disminuyeron en el giro de pocos años y desaparecieron luego por completo.) El tercer libro del *Secretum*, que es aún más íntimo y personal, trata aquellos "pecados" que son propios de la vida interior. La acusación que Agustín presenta contra él es ésta: "Estás cercado, a derecha y a izquierda, por dos cadenas de diamante.. Tengo gran temor de que ocurra contigo lo que podría ocurrirle a un avaro, mantenido en la cárcel y aprisionado con cadenas de oro: él desearía ser libre, pero no puede separarse de las cadenas".

Las dos "cadenas" de Francesco son el amor por Laura y el deseo de gloria. Todo el tercer libro es una apasionada discusión de la naturaleza de las dos cadenas, y

1. *Laura de Noves en un retrato presunto.*



1

mientras los ataques de Agustín están sostenidos con extraordinaria agudeza de análisis y fuerza de convicción, la defensa de Francesco es igualmente valiente al sostener la esencial pureza de su amor por Laura y la esencial nobleza de su deseo de gloria. Al fin del diálogo no hay acuerdo entre los dos interlocutores. Agustín no está dispuesto a hacer concesiones y Francesco, si bien profundamente turbado, no renuncia a sus cadenas.

La tensión y las dificultades interiores de aquellos años inspiraron también la composición, realizada en un solo día, de los siete *Salmos*. Se trata de breves composiciones escritas según el modelo de los salmos bíblicos. Los primeros tres y los últimos tres salmos son la expresión sincera de una angustia moral, en la que recurre continuamente a la solicitud de perdón: *"Miserere, Domine, miserere"*. El cuarto salmo, que es una obra bellísima, escrita, como el mismo poeta declara, para reforzar en sí mismo el sentimiento de vergüenza por sus propios pecados, contiene la descripción de las tantas gracias que Dios le concedió a Petrarca y a los otros hombres: "Para mí Tú creaste el cielo y las estrellas. Tú has distinguido el sol y la luna, los días y las noches, la luz y las tinieblas. El aire es obra de tus dedos; tú creaste el sereno y las nubes, los vientos y las lluvias. Tú circundaste a la tierra con las aguas, formaste los montes y los mares, los valles y la llanura, las fuentes, los lagos, los ríos."

El poeta continúa expresando su gratitud por las cosas que florecen y por aquellas que viven, por el reposo y la sombra y la libertad espiritual, y por las dotes naturales que Dios concediera al hombre:

"A él le diste un semblante imperioso y sereno y un espíritu capaz de comprenderte y de contemplar las cosas celestes. A ello agregaste artes innumerables, para que esta vida estuviera más adornada; y también diste la esperanza de una vida eterna."

También en cartas y líricas italianas de este período se hallan testimonios del estado de crisis y tensión que pasaba Petrarca. He aquí el famoso soneto:

Pasando va mi nao llena de olvido
por brava mar de noche y en invierno
entre Scila y Caribdis, y al gobierno
va el gran señor que me ha contrario sido.

De cada remo un pensamiento asido
que al temporal no temen ni al infierno,
la vela rompe un viento húmedo eterno
de esperanza y deseo y de gemido . . .

En setiembre, al recibir la comisión de una embajada en Nápoles por cuenta del cardenal Colonna y del papa, Petrarca partió hacia Italia, llevando consigo dos obras inconclusas, *África* y *De las cosas memorables*, su tratado sobre las virtudes cardinales.

Nápoles y Parma

Luego de un viaje realizado en parte por mar y en parte por tierra, llegó a Nápoles en octubre de 1343. Su misión consistía en obtener la liberación de tres miembros de la poderosa familia de los Pipini, protegida por los Colonna, que se había rebelado a la casa reinante, luego de la muerte del rey Roberto. La situación política de Nápoles era muy grave. En el seno de la familia reinante habían surgido graves luchas intestinas a causa de las ambiciones de dos jóvenes hermanos del rey Roberto; además, existía cierta tensión con el papa, quien se proclamaba supremo señor del reino y deseaba enviar un delegado para asumir el control del gobierno; y también existía la tensión con Hungría, cuya familia real pretendía también ciertos derechos sobre Nápoles e insistía para que el príncipe Andrés recibiera la corona real.

Petrarca no tuvo éxito en su difícil misión. Durante aquellas semanas, sin embargo, él tuvo ocasión de conocer de cerca a la ciudad y de realizar una feliz excursión a los alrededores, visitando lugares ligados a muchos recuerdos clásicos. También asistió a un terrible terremoto y maremoto el 25 de noviembre de 1343, que describiera eficazmente en algunas cartas.

A comienzos de diciembre Petrarca partió hacia Parma, donde se estableció con la intención de quedar para siempre en la ciudad de los Correggio. Los primeros nueve meses de 1344 fueron para él un período especialmente productivo, a pesar de que en la primavera se enfermara de sarna y de que se hiciera cada vez más evidente que la señoría de los Correggio vacilaba y que pronto ocurrirían desórdenes. En aquellos meses Petrarca trabajó en *África*, en el *De las cosas memorables*, en algunas epístolas métricas y escribió también un número considerable de líricas italianas. En este período fue escrita, muy probablemente, una de las más bellas entre sus canciones: *Yo voy pensando, y en el pensar asido*, que luego él deseara destacar. colocándola al comienzo de la segunda parte del *Cancionero*. Esta lírica es el equivalente poético del tercer libro del *Secretum*: la misma describe el conflicto entre el pensamiento de la salvación, por una parte, y el pensamiento de la gloria y el del amor, por la otra: y más que pensamientos, en realidad son deseos convertidos en objeto de reflexión.

En diciembre de 1344 el marqués de Mantua y los Visconti de Milán dieron asedio a Parma. Es probable que en aquellos meses, en vista de la trágica situación de Parma y de Italia en general (que se reflejaba en Parma), la mente y el corazón de Petrarca se hubieran inspirado para componer aquella que es tal vez la más grande de sus canciones: *Italia mía*. En la misma el poeta dirige un llamado, en lenguaje intensamente apasionado, a los señores que rigen las suertes de Italia, a fin de que den término a sus rivalidades y

Solo et pensoso i piu deserti campi. Vo misurando a passi tardi et lenti.
Et gliocchi porto per fuggire intenti. Doue uestigio humano larena stampi.
Altro schermo non truouo chemi scampi. Dal manifesto accorger de le genti.
Per che neglatti dallegrezza spenti. Di fuor si legge comio dentro auampi.
Si chio mi credo omai che monti et piagge. Et fiumi et selue sappian di che tempre
Sia la mia uita che celata altrui. Ma pur si aspre uie ne si seluagge
Cercar non so chamor non uegna sempre. Ragionando co mecho et io collui.

Di ser Tafani poeta di Siena

El bellocchio dappollo dalchui guardo, Sereno et vago lume Junon sente,
Valendo sua virtu mostrar possente, Contra colei che non a prezza dardo,
Nellora che piu luce il suo riguardo, Coi raggi accesi giunse ardentamente
Ma quando vide il viso splendiente, Sança aspettar fuggi come codardo.
Bellezza et honesta che la colora, Perfettamente altra mai non viste
Furon cagione dellalto et nuovo effetto, Ma qual di queste due virtu e miste
Piu dotto petto. e qual piu lei honora, Non so, dunque adempite il mio defetto.

Risposta

Se Phebo al primo amor non e bugiardo. O per nouo piacer non si repente

1. Manuscrito autógrafo de la composición poética más famosa de Petrarca: "Yo voy pensando . . .".

2. Maestro de las Vitae Imperatorum: *Laura corona a Petrarca.*

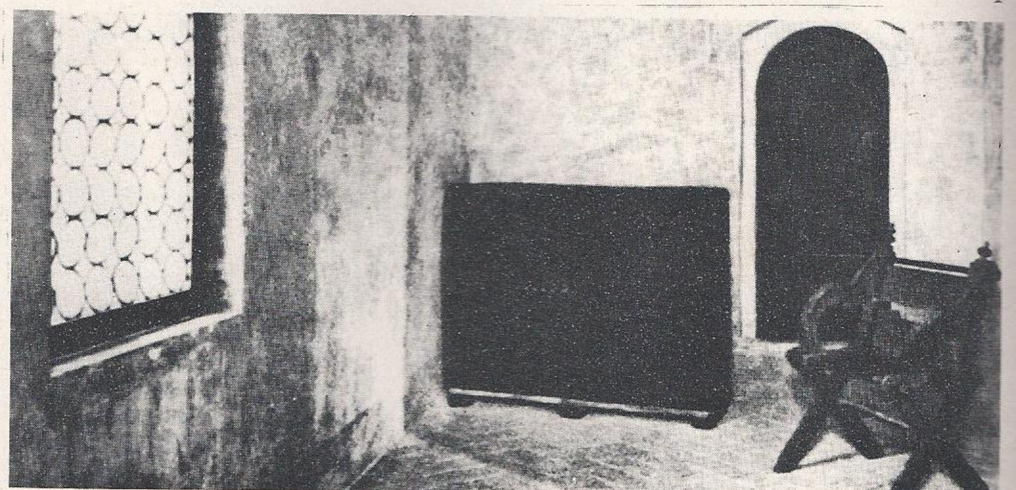


2

1

1. *Petrarca en su estudio (miniatura del siglo* XIV*).*

2. *Arquà: estudio en la casa de Petrarca.*



2

luchas, y en particular para que renuncien al empleo de mercenarios extranjeros.

Hacia la mitad de febrero de 1345 la situación se tornó intolerable en Parma, y Petrarca comprendió que su amistad con Azzo da Correggio terminaría por implicarlo personalmente en la misma. Por lo tanto, decidió volver a Provenza.

Antes de volver a Aviñón se detuvo por algunos meses en Verona donde, durante la primavera, haría su mayor descubrimiento. En la biblioteca de la catedral halló un volumen que contenía dieciséis libros de las cartas de Cicerón a Atico. Este descubrimiento estaba destinado a tener notables consecuencias: aparte de enriquecer el patrimonio de la literatura clásica, indujo a Petrarca a escribir él mismo cartas dirigidas a Cicerón y a otros autores clásicos y, más tarde, le sugirió la idea de preparar una colección orgánica de sus cartas.

Durante la mayor parte del bienio 1345-1347 Petrarca estuvo en Vaucluse. En el mismo período fue a residir en el valle tan amado su amigo Philippe de Cabassoles, y para él el poeta escribió una de sus obras más singulares, el tratado *De la vida solitaria*. Para Petrarca, "vida solitaria" no significaba eremitorio, sino más bien vida tranquila, en el campo, solo o con algún compañero, con mucho tiempo libre a disposición y para ser usado proficuamente; la misma es contrapuesta a la vida transcurrida en medio de la multitud, en el ruido y la confusión de la ciudad. Un tratado análogo, pero de diferente concepción, es el *Del ocio de los religiosos*, escrito por Petrarca en 1347, después de realizar una visita a su hermano Gherardo en el monasterio de Montreux. Más que un tratado, es una larga exhortación en forma de sermón, tomada del Salmo cuarenta y seis. El *ocio* del título se refiere al mismo concepto de vida tranquila y libre de todos los afanes que pueden impedir una religiosidad plena y consciente y una conducta conforme a los principios religiosos. El poeta pasó un período feliz y tranquilo en Vaucluse; pero él no era insensible a las dificultades y a las penurias de los habitantes de la villa y de los campesinos del valle. Una carta, escrita probablemente en 1346, contiene este pasaje: "Tengo ante mi vista a los pescadores extenuados por el frío y el hambre . . . en ayuno y semidesnudos pasan días enteros y noches insomnes, hasta la aurora, y para aquellos que echan el anzuelo y la red la suerte es siempre la misma: nada consiguen, y grande es el tormento de ellos . . . sin embargo, tan interesados están en el intento que no logran separarse del río fatal" (*Familiares*, III, 19).

Durante aquellos años Petrarca escribió algunas églogas latinas, que más tarde reunió en una obra titulada *Cantos bucólicos*. La égloga octava explica la decisión que él tomara, a fines de 1347, de abandonar el servicio del cardenal Colonna y de volver a Italia.

Entre las numerosas poesías líricas escritas en 1346 y en 1347, las notables son tres sonetos conocidos como los sonetos "babilónicos", que al igual que las églogas sexta y séptima, denuncian en modo apasionado y violento la corrupción de la corte papal:

Funte de dolor, albergue de la ira,
escuela de errores y templo de herejía.

Cola di Rienzo

En 1343 había aparecido en la escena política romana una de las figuras más fascinantes del siglo XIV, la de Cola di Rienzo. De orígenes plebeyos, Cola era un joven notario muy hábil, elocuente, de gran fantasía y extraordinaria ambición; era un conocedor entusiasta de la historia de Roma antigua y de la Roma de los primeros cristianos; y estaba obsesionado por la idea de una Roma nueva, que reconquistase su antigua gloria y potencia.

A comienzos de 1343, a continuación de una revolución popular, el gobierno de Roma había sido confiado a un consejo del que formaban parte los jefes de las diversas corporaciones mercantiles. Por tal consejo Cola había sido enviado como embajador ante el papa, para que obtuviera la aprobación de la constitución de un gobierno de forma nueva y democrática.

Llegado a Aviñón, Cola no pudo enviar a Roma ninguna buena noticia, salvo la de la proclamación del año del jubileo para 1350. Clemente VI lo recibió varias veces en audiencia, pero antes que aceptar el requerimiento de aprobación del gobierno democrático, al cual se oponían los cardenales de curia, nombró dos nuevos senadores en la persona de dos nobles.

Cola se demoró en Aviñón varios meses y en aquel período estrechó amistad con Petrarca. Vuelto a Roma, luego de una atenta preparación y una cuidadosa elección del momento oportuno, provocó el 19 y el 20 de mayo de 1347 una revolución popular e hizo promulgar una nueva constitución, que colocaba al gobierno de la ciudad y del territorio circundante en las manos del pueblo de Roma, y ponía en obra toda una serie de óptimas reformas legales. Nada había en todo esto que fuera antipapal; por el contrario, el vicario del papa, Raimondo di Orvieto, fue elegido por Cola para cubrir junto con él el cargo de "rector de la ciudad": cargo que el papa reconociera luego.

Cuando Petrarca recibió noticias del intento revolucionario de Cola, sintió profunda conmoción y gran entusiasmo. Cola di Rienzo y Petrarca, entre todos los hombres de la época, eran sin duda aquellos que deseaban más ardiente y lúcidamente el fin de las desventuras y vergonzosas condiciones de Roma, y la restauración de su antiguo poderío y gloria.

A pesar de los estrechos vínculos que lo unían a los miembros de la familia Colonna, Petrarca se sentía llevado naturalmente a apoyar la posición de Cola cuando éste acusaba a las grandes familias nobles de haber provocado la ruina de la ciudad. Mientras las acciones de Cola contenían una considerable dosis de histrionismo y de vanagloria, en el caso de Petrarca es preciso reconocer que él se contentó con dar su ayuda sincera y desinteresada, sobre todo con cartas de aliento y consejo, sin pensar jamás en el aumento de su poderío personal. Pero gradualmente el gobierno de Cola se tornó más despótico, y él llegó a hacerse coronar como caballero, a hacerse sumergir en la fuente de Constantino y a promulgar un decreto que quitaba al pueblo romano todo derecho de soberanía. Cuando ello se supo en Aviñón, la actitud de la corte papal para con él sufrió un brusco cambio. Cola se había hecho adjudicar títulos que no habían sido autorizados por el papa; la inmersión en la fuente de Constantino había sido considerada una acción sacrílega y se interpretó que los principios inspiradores del decreto intentaban disminuir la autoridad papal. Cuando Petrarca tuvo noticia de las últimas acciones de Cola, también se sintió sorprendido, pero no renunció a la confianza que había puesto en él; antes bien, hizo todo lo posible para defenderlo, aun a costa de perder, con su intervención, algunas amistades preciosas de antigua data. Cuando luego los cardenales reunidos en consistorio discutieron el problema de la conveniencia para la Iglesia de unificar a Roma con Italia y llegaron a una conclusión negativa, tal decisión despertó las iras de Petrarca, quien la criticó severamente y en una carta a Cola lo informó de la posición de los cardenales y de los esfuerzos que él hiciera para evitarla, pidiéndole además a Cola y al pueblo romano que proporcionaran con sus acciones la prueba de que cuanto Petrarca había sostenido en sus escritos era justo. Pero luego de una serie de roces y encuentros, la rivalidad entre Cola y los nobles desembocó en un encuentro abierto. El papa, que había seguido la situación con creciente preocupación, envió a Roma un delegado suyo, el cardenal Bertrand de Déaul, para que ayudara a los Orsini y a los Colonna en los esfuerzos por contener las ambiciones de Cola y para que le comunicara a éste sus condiciones y lo amenazara con la excomunión. A pesar de los éxitos parciales, Cola comprendió que estaba perdiendo el apoyo de muchos que lo habían sostenido y que disminuía su confianza en sí mismo. Por lo tanto inició negociaciones con el delegado papal y terminó por aceptar completamente los requerimientos del pontífice. El 5 de diciembre de 1347 abdicó y se trasladó en procesión desde el Capitolio hasta Castel Sant'Angelo, adonde se le había ofrecido la inmunidad personal: las banderas flameaban, sonaban las trompetas, pero Cola pasó llorando entre dos columnas de personas que lloraban.

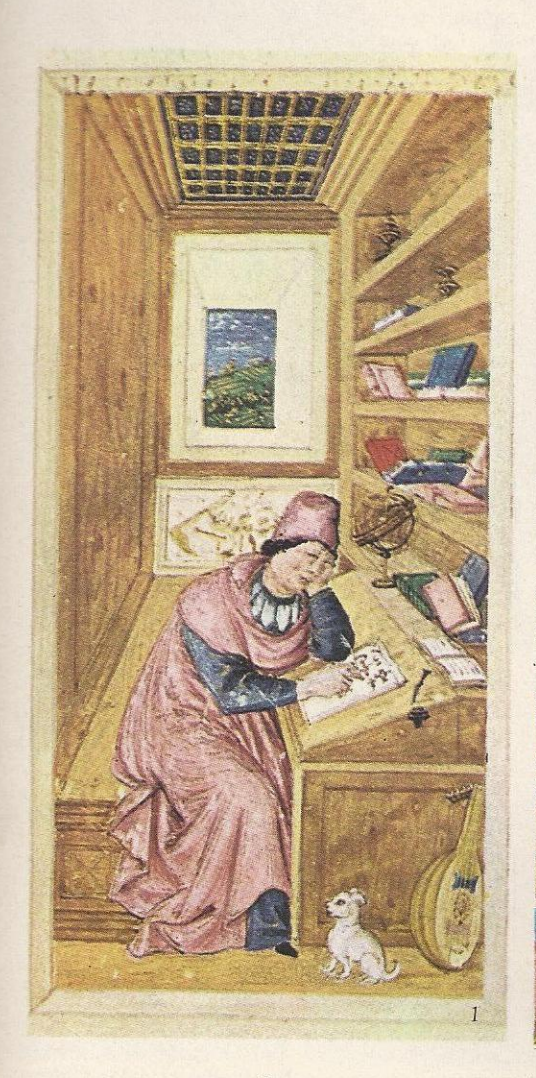
En Castel Sant'Angelo permaneció por todo el mes siguiente; luego comenzaron sus peregrinaciones.

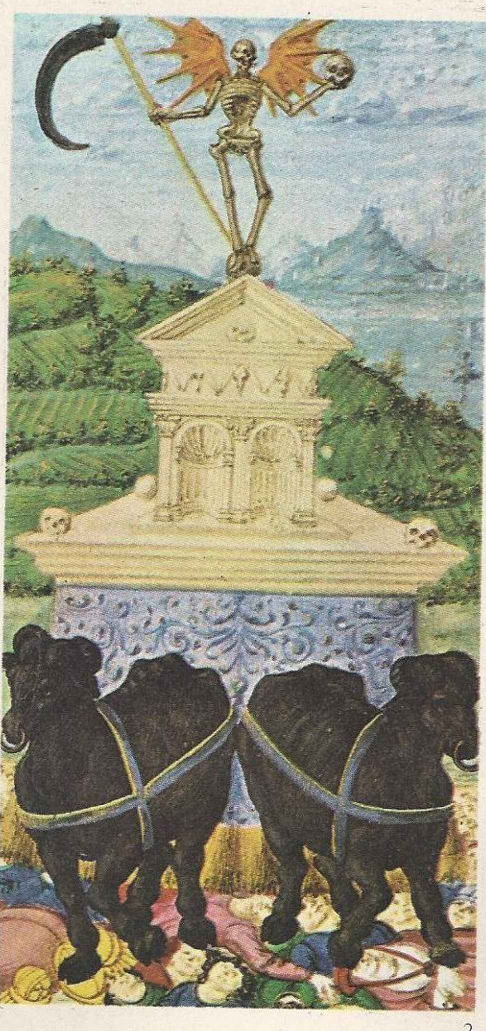
Cuando Petrarca recibió las primeras noticias de la declinación de Cola, se sintió profundamente dolorido. Desde Génova, donde se hallaba, escribió a Cola una carta que es un desahogo de amargo reproche y al mismo tiempo una apasionada imploración: "Considera atentamente, te ruego, lo que haces; analízate a ti mismo cuidadosamente, trata de recordar, y de no errar, quién eres, quién fuiste, de dónde vienes y adónde vas, hasta dónde deseas desplazarte sin ofender la libertad, qué rol te has elegido, qué parte has asumido, cuáles esperanzas has suscitado, cuáles promesas has hecho: y verás que no eres el amo del Estado, sino el siervo" (*Familiares*, VII, 7). Ésta fue la última carta que él le escribiera al tribuno. A partir de entonces nunca volvió a dirigirse a Cola, y tampoco le perdonó nunca su fracaso. Cola, huido de Roma, se unió a un grupo de monjes disidentes y resolvió intentar persuadir al emperador a destruir el poder temporal de los papas. En julio de 1350 Cola se trasladó a Praga, donde fue recibido en audiencia por el emperador Carlos de Bohemia. Éste, sin embargo, no se dejó persuadir y entregó a Cola al arzobispo de Praga, Arnostz Pardubic, quien lo arrestó. A comienzos de 1352 el papa pronunció la excomunión contra Cola y el emperador lo consignó a los mensajeros papales, quienes lo condujeron a Aviñón. El 10 de agosto Petrarca enviaba una carta a su amigo Nelli, en la que describía la llegada de Cola a Aviñón, examinaba la carrera del tribuno y mencionaba sus relaciones con este último. Entre severas palabras acerca del fracaso de la empresa de Cola, él observaba también con mal disimulado desdén que el crimen por el cual Cola estaba por ser procesado no era más que el de haber intentado restituir a Roma su antiguo prestigio.

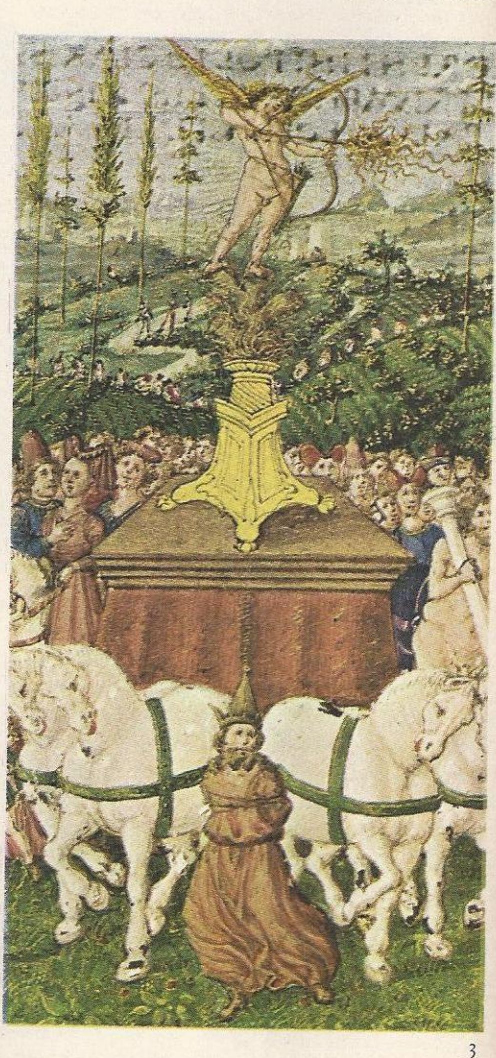
La peste

Durante los años de 1347 a 1350 Petrarca estuvo en Verona, Parma, Padua y Mantua. Aparte de sus viajes, él estuvo ocupado constantemente por los estudios y la correspondencia con los amigos y, ocasionalmente, por el cuidado de su huerto y sus deberes de canónigo.

En 1348 y 1349 se difundió en Italia la peste, la misma que fuera descrita por Boccaccio en el *Decameron*; para Petrarca fueron años de muerte y de profundo dolor. En mayo de 1348 le llegó la noticia de la muerte de Franceschino degli Albizzi, un joven pariente que había sido su huésped en Vaucluse en los dos años precedentes. Inmediatamente después, el 29 de mayo, recibió una carta del amigo Socrates, que le anunciaba la muerte de Lau-


1


2

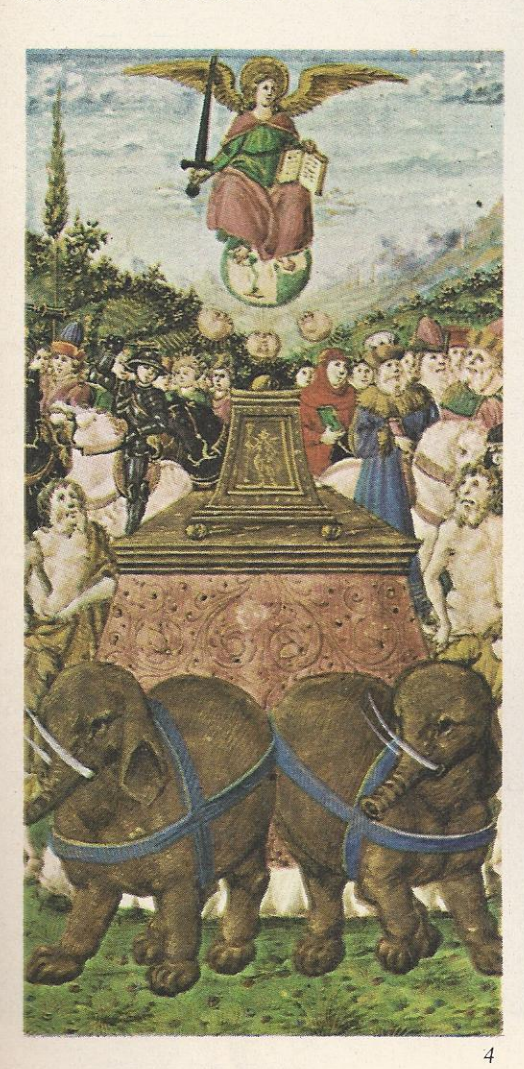

3

1-6. Miniaturas para Los triunfos, *de Francesco Petrarca, obra de Francesco de Chierico (Milán, Biblioteca Trivulziana).*

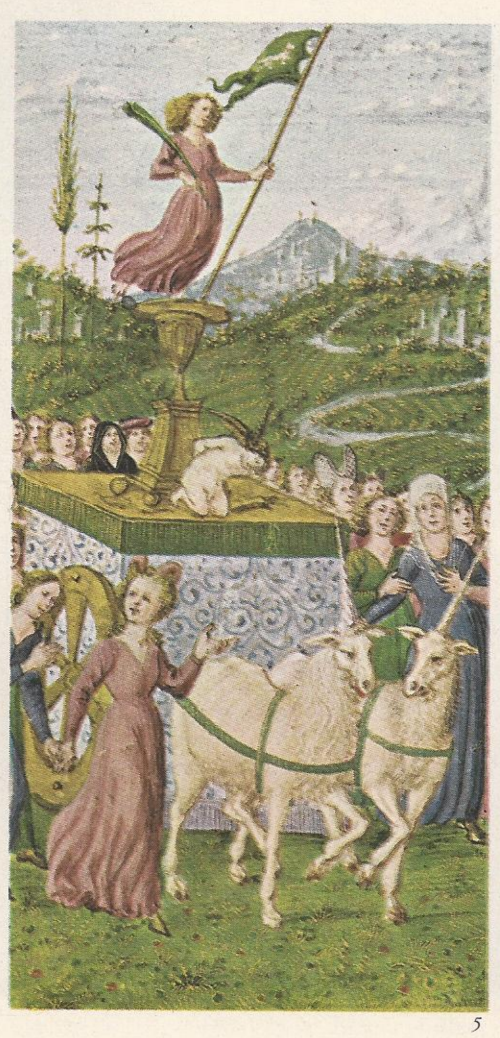
ra. El poeta escribió, tal vez inmediatamente, tal vez después de algunos días, sobre el primer folio de guardia de su precioso código de Virgilio, justamente frente a la página sobre la que Simone Martini había pintado, por encargo suyo, un retrato de Laura:

"Laura, ilustre por sus virtudes y largamente celebrada en mis cantos, apareció por primera vez ante mis ojos en el primer tiempo de mi adolescencia, en el año del Señor de 1327, el sexto día de abril, en la iglesia de Santa Clara de Aviñón, por la mañana; y en aquella misma ciudad, en el mismo mes de abril, en la misma primera hora del día, en el año 1347, la luz de su vida fue sustraída a la luz del día, mientras yo me hallaba por azar en Verona, ignaro, ¡ay de mí!, de mi destino. La noticia dolorosa me alcanzó en Parma, en una carta de mi Ludovico, en el mismo año, en la mañana del 19 del mes de mayo. Su cuerpo castísimo y bellísimo fue puesto a reposar en el cementerio de los hermanos menores, el mismo día en que ella murió, en el crepúsculo. Estoy convencido de que su alma ha vuelto al cielo, de donde había venido, como la del Africano del que habla Séneca. He considerado escribir esta nota, como acerbo recuerdo de tal pérdida, pero también con cierta amarga dulzura, sobre esta página que a menudo aparece ante mis ojos, a fin de que me llegue la admonición, por la frecuente visión de estas palabras y por las meditaciones sobre el rápido huir del tiempo, de que nada existe en esta vida en lo que yo pueda ya hallar placer y de que es tiempo, ahora que se ha roto el vínculo más fuerte, de huir de Babilonia; ello, por la previsora gracia de Dios, me será fácil, si reflexiono con viril perseverancia sobre los inútiles cuidados, sobre las vanas esperanzas y sobre los eventos imprevistos del tiempo pasado."

El 23 de mayo de 1349 el poeta recibió la noticia de la muerte de su querido amigo, Paganino da Brizzozzero, que también le arrebatara la peste. En tal ocasión escribió otra nota en su Virgilio, la primera de una serie de notas similares, agregadas en ocasión de la pérdida de amigos en aquellas mismas páginas hasta 1372.



4



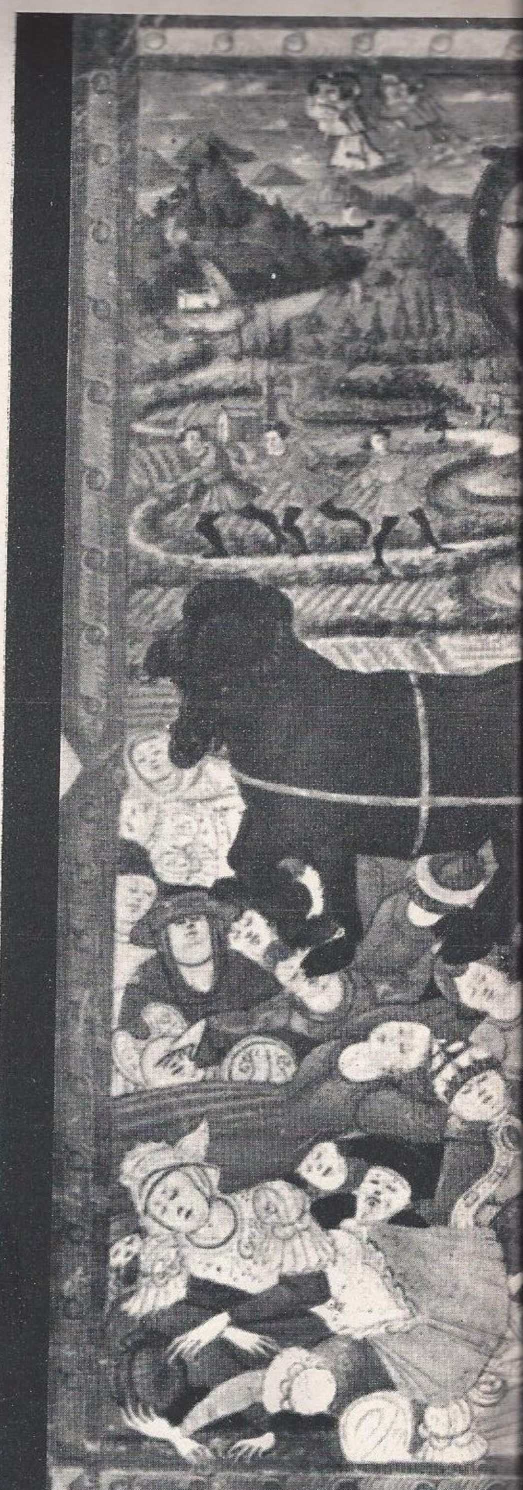
5



6

En aquel mismo período, en medio del recrudecimiento de la peste, él escribió una poesía en latín: triste, casi desesperada, en la que expresa su estado de ánimo angustiado. Lo poesía posee la estructura de una carta dirigida a sí mismo, y Petrarca la incluyó luego, con el título *A mí mismo*, en la colección de las *Epistolae metricae*. Así comienza:

"¡Ay de mí! ¿Qué ruina me espera? ¿Hacia dónde me arrastran los hados violen-



1



2

1. *Petrarca,* Los triunfos: :
el triunfo de Laura, de un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Florencia.

2. *El triunfo de la muerte (ilustración en miniatura para la obra de Francesco Petrarca, de escuela italiana, 1457, París, Biblioteca Nacional).*

tos? Veo al tiempo pasar en fuga precipitada entre el mundo en ruina, y en torno a mí descubro las hileras de los muertos, jóvenes y ancianos, y no veo en ningún lugar refugio seguro, no se me abre en todo el mundo un puerto, una esperanza de la deseada salvación. Por dondequiera que vuelva mis ojos despavoridos mi vista se turba por los frecuentes ritos fúnebres; en los templos colmados de féretros resuenan los lamentos y acá y allá yacen sin honores los cadáveres de nobles y de plebeyos. La mente está colmada del pensamiento de la última hora de la vida, y obligado a recordar mis casos, pienso nuevamente en los muchos seres queridos que han desaparecido y en los coloquios afectuosos y en sus dulces rostros, ahora desaparecidos, mientras el terreno consagrado de los cementerios ya no basta para tantos sepulcros" (*Metricae*, I, 14).

En los años precedentes había escrito dos triunfos: el *Triumphus Cupidinis* y el *Triumphus Castitatis*, composiciones de cierla extensión, escritas en lengua vulgar y en tercetos dantescos, que tenían por tema la descripción de un triunfo poético visto en sueños por el autor. La peste y la muerte de Laura le inspiraron un tercer *Triunfo*, el de la muerte. La escena final es un gran valle, donde están reunidos para asistir al pasaje de Laura un gran número de muertos, que vivieron en las épocas y en los países más diversos, y también un grupo de mujeres vivas, que hablan de ella lamentándose y elogiando sus muchas virtudes. La composición se concluye con el famoso verso:

muerte bella parecía en su hermoso rostro.

De tanto en tanto, durante su permanencia en Parma, Petrarca retomó sus poesías italianas, componiendo nuevos esbozos, revisándolos, copiándolos y ordenándolos. Hacia enero de 1350 se sintió dispuesto, también, a iniciar la colección de sus cartas y el 13 de aquel mes, desde Padua, escribió una larga carta al amigo Sócrates, dedicándole a él la colección. Él pensaba en esta colección no como en una serie de documentos, sino como en una obra de arte de por sí, en la que cada elemento debía ser todo lo perfecto que fuera posible: ésta fue la idea dominante que guió el trabajo de inclusión, exclusión, revisión, ordenamiento. En la primavera del mismo año también comenzó la colección de sus *Epistolae metricae* y escribió una epístola dedicada a Barbato da Sulmona.

Poesía y vida civil

En 1350 Petrarca realizó un viaje a Roma, en ocasión del año santo, y se detuvo, tanto en el viaje de ida como en el de vuelta, en Florencia, donde trabó amistad con Giovanni Boccaccio, Francesco Nelli y otros humanistas florentinos.

En marzo del año siguiente Boccaccio se trasladó a Padua, para encontrarse con Petrarca, que en aquel período residía alternativamente en Parma y en Padua. El poeta florentino llevaba consigo una carta de su comuna, en la que Petrarca era invitado a establecerse en Florencia y a aceptar una cátedra en la Universidad local. Entre los temas que los dos poetas discutieron en aquellos días, había uno muy sentido por Boccaccio. La ciudad de Milán, que entonces era gobernada por el arzobispo Giovanni Visconti, en los últimos tiempos había manifestado cierta tendencia a ampliar sus posesiones territoriales, ya muy vastas, y por ello se habían producido conflictos con Florencia. La posición de Florencia, a la que Boccaccio había hecho suya y que le había comunicado con viva fuerza al amigo, era de áspera hostilidad para con Milán, ya sea a causa de las rivalidades territoriales entre los dos estados, ya sea porque Florencia, cuyas tradiciones eran democráticas, execraba toda forma de gobierno autoritario. Petrarca, según narra Boccaccio, se declaró de acuerdo con él y le dio razones para creer que no veía con buenos ojos al arzobispo de Milán.

En aquel período loas pensamientos de Petrarca se dirigían nuevamente hacia los temas políticos de su tiempo. Él siempre había nutrido dos convencimientos paralelos: que Roma, y solamente Roma, era la sede propia del papado; que Roma, y solamente Roma, era la sede propia del Imperio. Al primero de tales convencimientos lo había expresado en las epístolas dirigidas a los papas Benedetto XII y Clemente VI; mientras que al segundo sólo lo había expresado incidentalmente. Él estaba convencido de que sólo un emperador romano que residiera en Roma habría podido reconducir la ciudad a su antiguo esplendor. En 1347 la posibilidad de que Cola di Rienzo lograra obtener la restauración de la antigua paz y el poderío había impulsado al poeta a modificar sus opiniones; pero cuando aquella perspectiva se desvaneció tristemente, había vuelto a él con fuerza la convicción de que el emperador debía retornar a Roma. En febrero de 1351 decidió actuar y le dirigió a Carlos IV, que residía en Bohemia, una larga carta, escrita con gran cuidado, en la que lo invitaba a ir a Italia sin demora. Aquélla fue la primera de las intervenciones análogas frente al emperador en los años siguientes.

En tanto, Petrarca recibió una invitación por parte del papa para volver a Aviñón. Rechazó, por lo tanto, la invitación similar de Florencia y se preparó para el viaje de regreso a Provenza. Llegó a Vaucluse en junio de 1351, llevando consigo a su hijo ya jovencito. Por algunos meses el poeta gozó plenamente de la paz de Vaucluse. Llevaba una vida muy simple, en su casa, con dos servidores y el perro fiel. Se vestía como los campesinos y comía la comida de los campesinos. Y sentía una enorme gratitud por aquel lugar, ya que

1. Petrarca.

2. El juramento del capitano del popolo [funcionario comunal], *en una miniatura pisana del siglo* XIV.

3. Elección de los ancianos: miniatura pisana del siglo XIV.



2



1



3

sólo allí podía hallar la perfecta libertad para atender sus estudios y sus escritos. Retomó sus libros y la composición de las obras que había dejado inconclusas. Escribió una parte del *De los hombres ilustres*, serie de biografías de antiguos personajes y héroes. Volvió a componer líricas en lengua vulgar. Ahora que se encontraba nuevamente en Vaucluse y Laura ya no existía, el sentimiento de la pérdida se tornó más agudo y profundo y le inspiró la composición de muchas de las poesías incluidas en la segunda parte del *Cancionero*. En ellas el poeta habla a menudo de Laura como si aún se encontrara con él:

Ora en forma de Ninfa, ora de Diosa
que saliendo del fondo de las aguas
se sentara a mi lado en la ribera,

o sobre el verde césped yo la he visto
pisar las flores como un ser viviente
y parecía estar por mí sufriendo.

El otoño y el invierno de 1351 los pasó en Aviñón. El papa lo había hecho llamar para proponerle un puesto de secretario papal y el nombramiento de obispo. Petrarca, algo fatigado, rechazó ambas propuestas. Pero en tanto debió permanecer en la ciudad rumorosa, entre las intrigas. El odio por la corte papal, que ya era muy fuerte, creció hasta rebalsar y halló expresión en algunos fragmentos de poesías latinas y en diversas cartas sumamente violentas. Gran parte de tales cartas, que el mismo autor juzgó demasiado audaces para ser incluidas en las *Familiares*, fueron reunidas más tarde en una pequeña colección especial, destinada a ser dada al conocimiento público sólo mucho tiempo después, a la que dio el título de *Epístolas sin nombre*. En un fragmento típico de una de estas cartas, Aviñón es descrita como una ciudad:
"En la que no reside ninguna piedad, ninguna caridad, ninguna lealtad. En la que reinan el orgullo, la envidia, la lujuria y la avaricia con todas sus artes; en la que los hombres peores se ven favorecidos y el ladrón liberal exaltado, y el pobre, pero justo, oprimido; donde la honestidad toma el nombre de locura y la astucia de sabiduría. Donde se desprecia a Dios, se adora al dinero, se desprecian las leyes y los buenos son burlados" (*Sin nombre*, 11).
En aquel período, mientras el papa estaba enfermo, nació una polémica entre Petrarca y uno de los médicos pontificios. La polémica, que conoció pullas y respuestas, y produjo la pequeña obra *Invectivae contra medicum*, versaba sobre diversos méritos de la medicina y de la poesía y contenía, por parte de Petrarca, ataques muy mordaces contra ciertos médicos delirantes que preludiaban ya el concepto renovado de teoría y práctica de la ciencia que, en la liquidación de lo antiguo, abría el camino a experiencias revolucionarias. Clemente VI murió en diciembre de 1352 y lo sucedió un cardenal francés, Etienne Aubert, que tuvo el nombre de Inocencio VI. El poeta pasó en Vaucluse la primavera y el verano de 1352. El valle amado era una delicia para los sentidos y un alivio para la mente. En aquel período él compuso probablemente el famoso soneto *Cefiro torna y el bello tiempo lo acompaña*. Pero ya el recuerdo muy vivo de las experiencias recientes en Aviñón, el hecho de que algunas intrigas ciudadanas lo siguieran también en Vaucluse y el hedor de la ciudad cercana, que parecía llegar hasta allí, contribuyeron a disminuir el encanto del lugar y a volver nuevamente el pensamiento del poeta hacia Italia.
Sin embargo, antes de partir Petrarca deseaba ver una vez más a su hermano, y por ello realizó un breve viaje hasta el monasterio de Montreux. Luego, a comienzos de junio, se puso en viaje hacia Italia, llevando consigo gran parte de sus libros y todas las páginas manuscritas que contenían sus composiciones. Al atravesar el Monginevro Petrarca se detuvo, y probablemente entonces se le ocurrió la idea del espléndido saludo a Italia:
"¡Salve, tierra santísima, cara a Dios! Salve, tierra que das lugar seguro a los buenos, que los soberbios deben temer, tierra más noble que cualquier otra noble playa, más fértil que todas, de todas la más bella, rodeada por dos mares gemelos, destellante en la cadena famosa de los Apeninos, venerada por la gloria de las armas y de las leyes sacras, morada de las Musas, rica en tesoros y en héroes, en cuyas altísimas empresas presidieron juntos el arte y la naturaleza, convirtiéndote en señora del mundo. A ti ahora ávidamente retorno, luego de larga ausencia, para no abandonarte más: tú concederás a mi fatigada vida un grato reposo, tú me darás al fin la tierra necesaria para cubrir mis miembros exangües" (*Metricae*, III, 24).
Este viaje signa un punto de división muy neto entre la primera y la segunda mitad de la vida de Petrarca: en muchos aspectos los años que siguieron fueron muy diferentes de los que dejaba a sus espaldas. Hasta aquel momento su vida había tenido como punto de referencia a Provenza; en los años futuros no volvería a Provenza, y su vida estaría centrada en Italia del Norte.

Milán

La primera ciudad en la que se detuvo, al entrar en Italia, fue Milán. Los Visconti controlaban con firmeza el gobierno de la ciudad desde hacía cuarenta años. Ellos habían extendido su dominio sobre gran parte de las ciudades de Lombardía y estaban empeñados en el esfuerzo de extenderlo aún más. Esta política expansionista había suscitado, naturalmente, muchas enemistades. El arzobispo Giovanni Visconti, que a la muerte de su hermano Luchino se había convertido en único señor de la ciudad, ya era también el señor más poderoso de Italia. Apenas llegado a Milán, el poeta fue a visitar al arzobispo, quien lo invitó a establecerse en su ciudad, prometiéndole que le aseguraría soledad y libertad. El poeta aceptó la invitación y poco después escribió una carta a sus amigos florentinos para informarlos acerca de su decisión. Para ellos, que consideraban al arzobispo como a un tirano y un agresor, la noticia fue causa de sorpresa y disgusto. Nelli, Boccaccio y otros escribieron cartas de protesta. Pero si es innegable que aquellas demostraciones entristecieron a Petrarca, no parece que lo hubieran sacudido muy profundamente.
Los señores de Milán se sirvieron en diversas ocasiones de Petrarca, para misiones diplomáticas o como autor prestigioso de cartas firmadas por ellos. Cuando a continuación de la sumisión de Génova a los Visconti nació una controversia entre Venecia y Milán, que se prolongó extensamente y tuvo también momentos de lucha abierta, Petrarca intervino en diversas oportunidades: fue enviado a Venecia en misión de paz a comienzos de 1354; luego en mayo del mismo año, escribió una larga carta al *dux* Andrea Dandolo para convencerlo a renunciar a la guerra. Más tarde, cuando al concluir la controversia entre Milán y el marqués de Monferrato, Galeazzo Visconti entró solemnemente en Novara para retomar posesión de la ciudad, Petrarca pronunció, en el claustro de la catedral de la ciudad, una oración pública. A fines de 1360, además, Petrarca tomó parte de una embajada enviada por Galeazzo Visconti a París, y el 13 de enero pronunció, frente al rey, al príncipe Carlos y a la corte, una oración solemne, en la cual trató ampliamente el problema de la Fortuna (más tarde discutió privadamente sobre el tema con el príncipe y algunos cortesanos). El poeta tuvo ocasión de intervenir públicamente también en el caso del arribo a Italia, en el otoño de 1354 y en la primera mitad de 1355, del emperador Carlos IV de Bohemia, al que en numerosas oportunidades le había dirigido por carta su llamado a intervenir en la situación italiana. El poeta se encontró con el emperador en Mantua y en Milán y pudo hablar con él. Cuando luego el emperador fue obligado a alejarse apresuradamente de Italia, Petrarca le dirigió una carta colmada de acerbos reproches:
"Entonces tú, oh César, habiendo obtenido sin fatiga y sin sangre lo que tu antepasado y muchos otros innumerables conquistaron con tantas fatigas y con tanta sangre, anulada toda aspereza y abierto el camino hacia Italia, abierta la puerta de Roma, el cetro obtenido sin dificultad, el imperio sin perturbaciones y tranquilo, las coronas incruentas, tú, ingrato de tantos favores o bien incapaz de juzgar adecuadamente las cosas, todo esto tú abandonas (muy arduo resulta transformar la propia naturaleza) y vuelves a tus reinos barbáricos..." (*Familiares*, XIX, 12.)

Petrarca volvió a ver al emperador cuando se trasladó a Praga en 1356, en misión diplomática por cuenta de los Visconti. También obtuvo, de la corte imperial, varios honores: fue nombrado conde palaciego y consejero y recibió un solemne diploma, al que estaba adherido un sello de oro.
Tampoco los Visconti le escatimaron los honores, que Petrarca aceptó siempre con alegría. Cuando en 1354 el arzobispo Giovanni murió y lo sucedieron tres sobrinos, Mateo, Galeazzo y Bernabò, Petrarca continuó colaborando con éstos, y tuvo excelentes relaciones, sobre todo con Galeazzo.
No faltaron críticas a los desarrollos de su "carrera" de diplomático y cortesano: el cardenal Jean de Caraman, al hablar de él en Aviñón, lo definió como amigo de los tiranos. Profundamente indignado, Petrarca escribió una invectiva, exponiéndolo al escarnio y al oprobio: *Invectiva contra los grandes hombres*. Respondiendo a la acusación el autor afirma que los jóvenes Visconti no son tiranos y que él vive y se mueve en perfecta libertad. Y escribe:
"Yo estoy con ellos, pero no bajo ellos; vivo en el territorio de ellos, pero no en su casa. Nada recibo de ellos salvo los reconocimientos y los honores que me donan generosamente y de continuo, y que yo les permito me concedan. Es a otros hombres, que tienen por naturaleza tales cualidades, que ellos se dirigen por consejo, para la conducción de los asuntos, pera la administración de las finanzas públicas; a mí no se me da más que la tranquilidad, el silencio, la seguridad y la libertad; éstas son mis ocupaciones y mis oficios. Así, mientras los otros por la mañana se marchan al palacio, yo voy a los bosques y a los lugares solitarios que conozco . . . En realidad considero que las profundidades del abismo están más cerca de la bóveda del cielo de lo que tu senil y ávida soberbia lo está de la bondad y generosidad de estos jóvenes. Por lo tanto, puedes estar seguro de que ellos no son tiranos y de que yo soy completamente libre."
En una carta al amigo Guido Sette, de 1357, el poeta describe detalladamente sus hábitos cotidianos durante la permanencia en Milán:
"De día y de noche leo y escribo alternadamente y me alivio de un trabajo empeñándome en el otro, por lo que cada trabajo sirve al mismo tiempo de descanso y alivio al otro. No conozco otro placer, otra dulzura de vida fuera de ésta: y estoy tan absorto y sumergido, que no me parece que pueda existir otra fatiga y otra paz. Mis obras crecen, así, bajo mis manos, y otras obras nuevas me acucian continuamente. En tanto los años pasan y, si es posible decir la verdad, cuando pienso en la parte tan breve que me queda de la vida, me aterra la cantidad de obras que he comenzado. Dios proveerá en el futuro . . . En tanto yo me fatigo, velo, sudo, ardo y me esfuerzo por seguir adelante, y donde más densas son las dificultades que encuentro en mi camino, allí más animosamente me dirijo, estimulado e inspirado por la misma novedad y dificultad de la cosa" (*Familiares*, XIX, 16).
Por otra carta sabemos que Petrarca pasaba la jornada dedicándole seis horas al sueño, dos a otras ocupaciones, y dieciséis se las reservaba. Con pesar le concedía las horas al sueño, y a menudo se despertaba en mitad de la noche, preocupado por algún pensamiento. Al igual que Augusto, mientras lo afeitaban o le cortaban el pelo, él leía o escuchaba la lectura de algún libro o dictaba algún escrito a los sirvientes. Desde el primer año de su permanencia en Milán Petrarca halló muchos nuevos amigos, con algunos de los cuales llegó a intimar —en especial Gabrio Zamorei y Sagremor de Pommiers— pero nunca llegó a tener en Milán amistades comparables a las que cultivara en Provenza y en Florencia o en Padua y en Venecia.
Hacia la mitad de marzo de 1359 recibió la grata visita de Boccaccio, quien permaneció en Milán por casi un mes. Boccaccio admitió, hablando con él, que Milán le ofrecía al poeta, en mejores condiciones que otros lugares, la posibilidad de ocuparse de sus estudios. También discutieron acerca del valor de la poesía de Dante y, como en una carta posterior Boccaccio habló de aquella conversación acusando veladamente al amigo de estar celoso de Alighieri, éste replicó negando vigorosamente tal acusación y haciendo amplios elogios del gran poeta florentino. Él agregaba que si en su juventud, cuando se dedicaba a obras en italiano, había preferido no tener a mano un ejemplar de la *Commedia* para evitar una imitación demasiado servil, ahora estaba feliz de tener entre sus libros un ejemplar del poema dantesco.
Uno de los méritos de la estada en Milán fue que le ofreció al poeta la comodidad de ocuparse constantemente de sus estudios y de sus escritos. En Milán escribió la más larga de sus obras, el *De los remedios de una y otra fortuna*; escribió además algunas nuevas poesías y muchísimas cartas y se ocupó de la revisión de numerosos escritos suyos en verso y en prosa, compuestos anteriormente; también hizo notables progresos en la preparación de sus dos grandes colecciones, el *Cancionero* y las *Familiares*.
Continuó ampliando progresivamente el territorio ya vasto de su erudición, y ello en especial mediante la adquisición frecuente de libros. Una carta, escrita a Nelli en 1360, atestigua también que hubo un cambio en la relación de valores que Petrarca asignaba a las obras seculares con respecto a las sacras. Hasta Apolo y las Musas, él dice, aprobarán su acción, si ahora transfiere sus intereses a obras más maduras que aquellas que lo habían apasionado en la juventud; entonces él había estado ansioso por conquistarse los elogios de los hombres; ahora los únicos elogios que le interesan son aquellos contenidos en las loas al Creador, para recitar a los cuales se levanta aun a medianoche. Sus oradores preferidos son ahora Ambrosio, Agustín, Gerolamo y Gregorio; su filósofo es Pablo; su poeta, David. Con ello no intenta renegar de los antiguos romanos, a los que amara con tanta intensidad; puede amar tanto a unos como a otros, volcándose hacia los autores seculares como modelos de estilo y a los sacros en busca de consejo. Los antiguos romanos sólo pretenden de él que no los olvide, y ciertamente, él nunca hará esto. Ellos, por otra parte, ofrecen muchas cosas útiles para una vida justa; pero desde ahora en adelante buscará su guía entre aquellos autores cuya fe y cuya doctrina están más allá de toda sospecha de error. El principal entre estos autores será David, cuyos *Salmos* Petrarca desea tener durante el día entre las manos y bajo la cabeza de noche y en la hora de la muerte.

Padua y Venecia

En los años entre 1361 y 1370 Petrarca residió en parte en Padua, en la casa junto a la catedral que le correspondía por derecho como canónigo, en parte en Venecia, en la casa ofrecida por la República. Son años de profundización interior, constelados por algunas experiencias dolorosas. En el verano de 1361, mientras se halla en Padua, recibe la noticia de que su hijo ha muerto en Milán, víctima de la peste. "Nuestro Giovanni, nacido para mi tormento y dolor, me ha procurado graves y constantes preocupaciones mientras vivió, y una pena intensa cuando murió. Él, que conoció pocos días de alegría en su vida, murió en el año de nuestro Señor de 1361, a la edad de 25 años, en la noche entre viernes y sábado, el 9 y el 10 de julio. La noticia de su muerte me alcanzó en Padua el 14 del mismo mes, a la hora del crepúsculo. Murió en Milán, en el extraordinario estrago provocado por la peste, que hasta ahora había respetado a la ciudad, pero que ahora la ha encontrado e invadido." (Nota autógrafa en el Virgilio.)
A comienzos de 1366 la hija Francesca, junto con su hijita Eletta, fue a vivir con el poeta en la casa de Venecia, probablemente con el marido de Francesca, Francescuolo da Brossano. En enero o febrero del mismo año nació un segundo hijo, que fue llamado Francesco. El poeta acogió con alegría y tierno afecto la presencia en la casa del nietito. De él habla como de la "mayor consolación de mi vida, la esperanza y la alegría de la casa", agregando que Francesco era de una inteligencia y belleza excepcionales. Cuando a fines de mayo de 1368 el pequeño Francesco murió en Pavia, el poeta sintió profundo dolor. Hablando de él, escribió: "El amor por aquel pequeño había llenado mi corazón de tal manera, que sería difícil decir si alguna vez había amado tanto." Y agre-



gaba que Francesco había sido "la dulce confortación de esto que se llama vida, la única alegría en el peso creciente de mis años, la única luz de mis ojos".

Hacia fines de octubre de 1362 Petrarca tuvo noticia de la muerte de Inocencio VI y de la elección de Guillermo Grimoard, con el nombre de Urbano V, para sucederlo. El nuevo papa, que había sido un simple abate, era también hombre de carácter ejemplar, y la elección que hiciera del nombre indicaba la intención de considerar a Roma, es decir la "urbs", como su sede más propia.

De todo ello se complace el poeta. Sin embargo, pasaron tres años sin que Urbano V tomara ninguna decisión. En 1366 Petrarca decidió enviarle una larga carta para invitarlo a realizar tal acción y para confutar la injusta hostilidad que los cardenales franceses nutrían para con Italia. En la primavera siguiente el papa se trasladó efectivamente de Provenza a Roma y parece que la carta elocuente de Petrarca tuviera su parte en aquella importante decisión. Sin embargo, cuando la corte papal llegó a la ciudad eterna, comenzaron las dificultades. Petrarca, con el temor de que Urbano no lograra resistir las presiones, decidió escribirle otra carta, sobre todo con el propósito de reforzar su intención de permanecer en Roma. No falta en la carta la áspera crítica a los cardenales franceses, particularmente por la afección de ellos a la vida de Aviñón y a los vinos de Beaume. Cuando la carta llegó a Roma, el papa reaccionó favorablemente, mientras los cardenales franceses enfurecidos decidieron preparar una respuesta polémica. Lamentablemente, a pesar de todo, Urbano V fue obligado en 1370 a reconducir la sede a Aviñón, y en 1371 murió en la ciudad francesa.

En este período prosigue la correspondencia con Boccaccio. Petrarca tiene oportunidad de rebatir las dudas del florentino sobre su posición política, a la sombra de los principios:

"Depone tus temores acerca de mí y convéncete de que hasta ahora, aun cuando puede haber parecido que estuviera sujeto a un yugo durísimo, siempre fui el más libre de los hombres, y agregaría que continuaré siéndolo en el futuro si fuera posible conocer con certeza lo que ocurrirá en el futuro. De todos modos me esforzaré, y espero lograrlo, por no aprender de viejo a servir y a permanecer libre en espíritu, cualquiera sea el lugar en que me halle, aunque sea necesario que en el cuerpo y en las otras cosas yo esté sujeto a los poderosos, ya sean ellos un solo amo, como en mi caso, ya sean numerosos como en el tuyo. No sabría decir cuál de los dos yugos es más grave y molesto. Sin embargo, creo que es más fácil soportar la tiranía de un hombre que de un pueblo entero. De no haber sido así y de no ha-

1

1. Arquà, 1843: la apertura de la tumba del poeta, en un grabado.

ber podido vivir libre de espíritu, la misma vida se habría terminado, o por lo menos mi serenidad y mi felicidad, y tú mejor que nadie puedes atestiguar que ha sido justamente lo contrario. Tampoco podría adaptarme a servir (en el cuerpo) a nadie, a no ser por mi espontánea voluntad y bajo el estímulo del afecto" (*Seniles*, VI. 2).

En la primavera de 1362 Boccaccio le escribió al amigo para contarle, con palabras angustiadas, de la visita que le hiciera cierto individuo, portador de un mensaje profético que le diera poco antes de morir un hombre de vida santa, Pietro Petroni de Siena. Petroni le había encargado que se presentara a Boccaccio para comunicarle que le restaban sólo pocos años de vida y para invitarlo a renunciar al estudio de la poesía. Boccaccio, impresionado y dispuesto a creer el mensaje, había decidido renunciar a los estudios y deshacerse de sus libros, a los que ofrecía en venta a Petrarca. La respuesta de éste consiste sobre todo en un análisis calmo y penetrante del mensaje recibido por el amigo.

Él adelanta dudas críticas acerca de la autenticidad del mensaje y sostiene la opinión de que si puede muy bien ser impropio para un hombre anciano que nunca haya nutrido intereses literarios decidir de pronto dedicarse a aquella profesión, no hay en cambio ninguna razón por la cual un hombre que ha envejecido en medio de aquellos estudios los abandone de improviso. Pero si Boccaccio persiste en la decisión de vender sus libros, Petrarca, convencido de que sería un error dispersarlos, se sentirá feliz de comprarlos y agregarlos a su colección, y también de dejar a su muerte la biblioteca común a cualquier instituto religioso.

Con la claridad de este planteo, el poeta dará clara prueba de haber delineado definitivamente una función del intelectual no más sometido a la extorsión de la superstición. Su biblioteca era ya, sin duda, la más grande y bella biblioteca privada de Europa. Sus manuscritos, aparte de poseer alto valor filológico, ostentaban una apariencia exterior refinada y preciosa. Con su traslado a Venecia él debía formular el proyecto de dejar su biblioteca en herencia a la República, a cambio de la casa que le ofrecieran los venecianos. En aquella ocasión hablará, el primero en Europa, de la "biblioteca pública".

En los años de Padua y Venecia Petrarca continuó ocupándose de la composición, revisión y colección de sus obras. Cuando la colección de las *Epistolae familiares* estaba por terminar, decidió dar comienzo a una segunda colección, que intitularía *Epistolae seniles*. La copia final de las *Familiares* fue confiada a un joven hábil e inteligente, Giovanni Malpaghini de Ravenna, a quien Petrarca tomara a su servicio en 1364.



La muerte

En los años precedentes, especialmente durante sus permanencias en Padua, Petrarca había comenzado relaciones de amistad y recíproca estima con el señor de la ciudad, Francesco da Carrara. A comienzos del otoño de 1368 el poeta, a continuación de las corteses insistencias de su protector, fue a residir en Padua, y allí se hizo enviar desde Venecia sus numerosos libros. Poco tiempo después Francesco le regaló un lote de terreno en Arquà, sobre las agradables colinas Euganeas, y en el curso de 1369 el poeta hizo construir en el mismo una casa, en cuyo derredor hizo plantar árboles y arbustos. En los primeros meses de 1370 la casa estuvo lista y el poeta fue a habitarla. Francesco da Carrara, que sentía gran afecto por Arquà, a menudo iba a visitarlo, así como también lo hacían otros amigos; de tanto en tanto él iba a Padua, donde siempre tenía a su disposición la casa en las cercanías de la catedral. A Arquà también fueron a vivir poco después la hija Francesca, junto con su marido y la pequeña Eletta, que tenía alrededor de diez años.

En una carta de 1371 el poeta da noticias suyas a su amigo Matteo Longo: su espíritu, dice, está ahora suficientemente calmo y tranquilo. Su salud física ha sido buena por largo tiempo, pero en los dos últimos años ha estado enfermo y a menudo creyó que moriría. Sus costumbres de vida no han cambiado desde la época en que él y Matteo se separaron, veinticuatro años antes. Le hubiera sido posible obtener posiciones eminentes, pero las ha rechazado para poder permanecer en un estado de más útil y feliz humildad. No tiene nada más que lo que tenía antes, aparte de un mayor número de años y un poco de libros: no tiene nada de menos, salvo la salud disminuida y muchos amigos perdidos. Por algún tiempo ha vivido en Venecia, pero ahora se halla en Padua, cerca de su iglesia. Se ha hecho construir una casa sobre las colinas Euganeas, pequeña pero agradable y respetable, y allá pasa su tiempo leyendo, escribiendo y meditando. No tiene temores, salvo por aquellos a quienes ama, no tiene deseos, salvo el de morir santamente: se duele de la necesidad de tener sirvientes; no le es posible escapar a un cotinuo flujo de visitantes, pero la tarea de entretenerlos es, en el fondo, una tarea honorable. El papa, el emperador, el rey de Francia y otros príncipes lo han invitado a sus cortes, pero él se ha rehusado, prefiriendo la libertad.

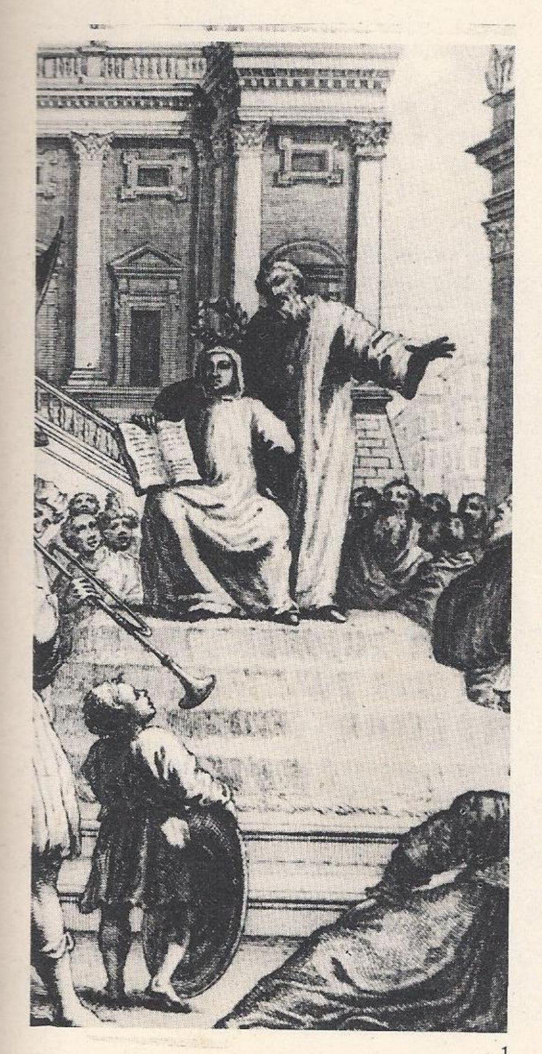
En los años de Padua y Arquà Petrarca continuó trabajando en la composición y en el ordenamiento de sus obras. Varias veces revisó la colección del *Cancionero*, eligiendo entre sus poesías italianas aquellas que consideraba merecedoras de aparecer en la colección, y luego decidiendo en qué orden debían aparecer en la primera o en la segunda parte de la obra, revisándolas atentamente y transcribiéndolas por fin en



2

1. Justo de Gante y Pedro Berruguete: Francesco Petrarca (Urbino, Palacio Ducal).

2. Miniaturista napolitano del siglo XIV*: portada de* Los triunfos.



1. La coronación de Petrarca como poeta laureado, en el Capitolio, en una ilustración del siglo XVII.

el código. Antes del fin de 1373 compuso, con la intención de incluirla como fragmento final del *Cancionero*, una espléndida plegaria a la Virgen: *Virgen bella, que de sol vestida.* Cuando el poeta depuso la pluma por última vez, en 1374, la primera parte del *Cancionero* contenía 236 poesías y seguía todavía incompleta, mientras la segunda parte, que contenía 103 poesías, estaba completa. Petrarca también retomó los *Triunfos*, de los cuales había escrito, antes de 1370, cuatro partes: los *Triunfos del Amor, de la Castidad, de la Muerte y de la Fama.* En el curso de los últimos años de su vida, mientras sus pensamientos más frecuentes eran los de la caducidad de los valores terrenos y de la vida en el más allá, escribió dos nuevos *Triunfos* sobre los dos temas íntimamente ligados por el Tiempo y la Eternidad. Ya en 1361 había decidido preparar una colección de sus cartas más tardías, las *Seniles*, para agregarlas a las *Familiares*. Una gran parte del trabajo para esta colección fue hecho antes de 1370; pero una parte considerable fue hecha en los años 1370-1374. El poeta había deseado concluir la colección de las *Familiares* con una serie de cartas dirigidas imaginariamente a los antiguos escritores; del mismo modo, deseó que al final de las *Seniles* apareciera una carta a la posteridad. Ésta, que nos llegó en un esbozo, es un interesante autorretrato. Mientras Petrarca se hallaba en Padua, en 1373, le llegó, sin que supiera cómo y de parte de quién, un ejemplar del *Decamerón* del amigo Boccaccio. Él consideró que el libro era una obra juvenil del amigo y se demostró dispuesto a perdonar su carácter lascivo, como debido en parte a la juventud del autor, en parte al tipo de público para el que había sido escrito. El libro, en su conjunto, le gustó, y leyó con particular interés el comienzo, la introducción a la cuarta jornada y el final. La descripción inicial de la peste le pareció escrita en modo admirable y la novela final, la de la paciente Griselda, le agradó muchísimo. Él la aprendió de memoria, la repitió a menudo para sí mismo, la narró a los amigos y al fin decidió, para hacer accesible el relato a los lectores que no sabían italiano, traducirla libremente al latín. La *Griseldis* es tal vez la obra más lograda de Petrarca narrador. La vivacidad narrativa de Boccaccio se ve sustituida por un estilo retórico menos atrayente, aunque, en ciertos aspectos, la versión de Petrarca es decididamente superior a la de Boccaccio.

La última carta escrita por Petrarca estuvo dirigida justamente a Boccaccio y contenía nuevos detalles sobre la traducción de la novela de Griselda. Esta última carta, así como aparece en la colección de las *Seniles*, contiene un saludo conclusivo a los amigos y a la actividad de escribir cartas: *"Valete amici, valete epistolae."* Es posible que éstas hayan sido las últimas palabras escritas por Petrarca.

El 18 de julio sufrió uno de los ataques que lo acosaban desde hacía algunos años. Esta vez, luego de medianoche, lo sorprendió la muerte. De ella se conserva una descripción en una carta escrita por el amigo médico Giovanni Dondi a otro médico: "Ay, caro amigo, leerás ahora una carta triste y dolorosa, que te llevará el anuncio de la muerte repentina de un hombre grande y celebérrimo, nuestro amigo común; en efecto, la noche infausta que acaba de pasar, que diera lugar a la luz de este día en que te escribo, nos ha quitado a nuestro ilustre y admirable Petrarca, que había sido atacado, algunas horas antes, por aquella enfermedad de la que, si tú recuerdas, él sufría ya hace algunos años, cuando tú y yo fuimos a visitarlo, en su agradable refugio sobre las colinas Euganeas, una enfermedad que lo ha atacado con frecuencia y que ahora lo ha vencido."

Nota: Las traducciones de las poesías fueron tomadas de:
"Pensativo, los más desiertos campos...", trad. por Manuel Durán, ed. C. E. A. L.
Ora en forma de Ninfa, ora de Diosa...", trad. Ramón Sangenís, de *Poesías*, ed. por Fama, Barcelona, 1954.
"Yo voy pensando y en el pensar asido..." y "Pasando va mi nao llena de olvido...", traducidas por Enrique Garcés y Hernando de Hoces, de *Rimas a Laura* y *Triunfos*, ed. por Aguilar, Madrid, 1952.

Bibliografía

No existe una edición crítica de todas las obras de Petrarca. La edición nacional italiana (que aparece en Florencia, editada por Sansoni) comprende por ahora siete volúmenes: las *Familiar* (cuatro volúmenes), los *Rerum memorandarum* (un volumen), el *De viribus illustribus* (primer volumen). De algunas otras obras existen buenas ediciones modernas (*Epistolae sine nomine, Miscellanee, Bucolicum carmen, De otio religiosorum, Psalmi poenitentiales, De sui ipsius et multorum ignorantia, Invectivarum contra medicum libri quattuor*); en cuanto a las otras se debe recurrir a las ediciones, muy incorrectas, del siglo XVI. Pero, en tanto, se pueden ver las dos útiles colecciones de *Poesie* (a cargo de F. Neri, N. Sapegno, E. Bianchi y G. Martelotti) y de *Prose* (a cargo de G. Martellotti, E. Carrara y P. G. Ricci), Milán-Nápoles, Ricciardi, 1951 y 1955. Del *Canzoniere* existen muchas ediciones, también comentadas; la más reciente y autorizada es la de G. Contini, Turín, Einaudi, 1964.
La bibliografía sobre Petrarca es imponente. Como primera, sumaria orientación, puede consultarse el capítulo dedicado al escritor por N. Sapegno en su *Storia Letteraria del Trecento, Milán-Nápoles,* Ricciardi, 1963, y la moderna y actualizada monografía de U. Bosco, *F. Petrarca*, Bari, Laterza, 1961. Un óptimo panorama de la crítica petrarquesca se halla en E. Bonora, *Lineamenti della critica petrarchesca*, en *I classici italiani nella storia della critica* (a cargo de W. Binni), I, Florencia, La Nueva Italia, 1964, pp. 95-166.
En español: *Excelencias de la vida solitaria*, Madrid, Atlas, 1958; *Poesías*, Madrid, Fama, 1948; *Rimas y vida y muerte de Laura*, Madrid, Aguilar, 1957; *Triunfos y otros escritos*, Iberia, Madrid, 1962; *Italia mía y otras poesías*, Fac. de Fil. y Letras, U.N.B.A., 1945.



Ya aparecieron magníficos tomos encuadernados para que usted los canjee por sus fascículos



Los tomos están lujosamente encuadernados en tela plástica con títulos en oro y sobrecubierta a todo color.

Tomo **El mundo contemporáneo:** Fascículos 2, 5, 6, 9, 11, 14, 18 y 23.

Tomo **Las revoluciones nacionales:** Fascículos 8, 13, 15, 20, 22 y 27.

Tomo **El siglo XIX: la revolución industrial:** Fascículos 1, 10, 21, 24, 31 y 36.

Tomo **Cristianismo y medioevo:** Fascículos 7, 16, 25, 30, 34, 42 y 43.

Tomo **La civilización de los orígenes:** Fascículos 12, 19, 26, 39, 44 y 45.

Tomo **La revolución francesa y el período napoleónico:** Fascículos 4, 17, 29, 38, 46, 49 y 51.

COMO EFECTUAR EL CANJE

Ya mismo pueden cambiar sus fascículos sueltos de LOS HOMBRES por los tomos encuadernados.

Para efectuar el canje personalmente deben entregar los fascículos en perfecto estado y la suma de $ 6.- (m$n 600.-) por cada tomo.

Para efectuar el canje por correo, deberán enviar un giro postal o bancario por la suma de $ 6.- (m$n 600.-) por cada tomo y $ 1.- (m$n 100.-) para gastos de envío, a Centro Editor de América Latina, Rincón 79/87, Capital. Recibirán los tomos en un plazo de 30 días.



DONDE EFECTUAR EL CANJE

Capital

LIBRERIA DEL VIRREY
Virrey Loreto 2409

LIBROS DIAZ
Mariano Acosta 11 y Rivadavia 11440, Loc. 46 y 47

LIBRERIA DEL HOGAR OBRERO
Rivadavia 5118

LIBRERIA GONZALEZ
Nazca 2313

LIBRERIA JUAN CRISTOBAL
Galería Juramento, Cabildo y Juramento, Loc. 1, Sub.

LIBRERIA LETRA VIVA
Coronel Díaz 1837

LIBRERIA LEXICO
J. M. Moreno 53 y Cabildo 1179

LIBRERIA PELUFFO
Corrientes 4279

LIBRERIA SANTA FE
Santa Fe 2386 y Santa Fe 2928

LIBRERIA SEVILLA
Córdoba 5817

LIBRERIA TONINI
Rivadavia 7302 y Rivadavia 4634

VENDIAR
Hall Constitución

LIBRERIA CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA
Rincón 79/87

Gran Buenos Aires

Avellaneda
LIBRERIA EL PORVENIR
Av. Mitre 970

Húrlingham
MUNDO PLAST
Av. Vergara 3167

San Isidro
LIBRERIA ERASMO
Martín y Omar 262

San Martín
LIBRERIA DANTE ALIGHIERI
San Martín 64 - Galería Plaza

Villa Ballester
LIBRERIA EL QUIJOTE
Alvear 280 - Gal. S. José, Loc. 7

INTERIOR

Buenos Aires

Bahía Blanca
LIBRERIA TOKI EDER
Brown 153
LA CASA DE LAS REVISTAS
Alsina 184

Garré
RAMON FERNANDEZ

Mar del Plata
LIBRERIA ERASMO
San Martín 3330

Pergamino
PERGAMINO EDICIONES
Mercedes 664

Córdoba
EL EMPORIO DE LAS REVIST
Av. Gral. Paz 146, Loc. 1

Coronel Moldes
CASA CARRIZO
Belgrano 160

Corrientes
LIBRERIA DEL UNIVERSITA
25 de Mayo esq. Rioja

Chaco
Resistencia
CASA GARCIA
Carlos Pellegrini 41

Entre Ríos
Paraná
EL TEMPLO DEL LIBRO
Uruguay 208

Concepción del Uruguay
A. MARTINEZ PIÑON
9 de Julio 785

Mendoza
CENTRO INTERNACIONAL DEL LIBRO
Galería Tonsa, Loc. A-26

Misiones
Posadas
LIBRERIA PELLEGRINI
Colón 280, Loc. 12 y 13

Río Negro
Gral. Roca
QUIMHUE LIBROS
Tucumán 1216

San Juan
LIBRERIA SAN JOSE
Rivadavia 183, Oeste

Salta
LIBRERIA SALTA
Buenos Aires 29

Santa Fe
Rosario
LIBRERIA AMERICA LATINA
Gal. Melipal, Loc. 10. Córdoba 1371
LIBRERIA ARIES
Entre Ríos 687
LIBRERIA LA MEDICA
Córdoba 2901

Santa Fe
LIBRERIA COLMEGNA
San Martín 2546

Rafaela
LIBRERIA EL SABER
Sarmiento 138

Santiago del Estero
LIBRERIA DIMENSION
Galería Tabycast, Loc. 19

Tucumán
NEW LIBROS
Maipú 156, Loc. 13

ESTE ES UN TEST PARA USTED, LECTOR

1 Ante la posibilidad de tener un hermoso volumen encuadernado, ¿usted se siente muy cansado, piensa que es mucho trabajo conseguirlo? (SI/NO)

2 ¿Se pregunta si vale la pena molestarse para conseguir un volumen así? (SI/NO)

3 ¿A usted le importa que su colección le dure más tiempo? (SI/NO)

4 ¿A usted le interesa aumentar el valor de la obra que está coleccionando? (SI/NO)

5 ¿Usted siente la diferencia que hay entre manipular fascículos y tomos encuadernados, que no se desordenan y lucen más en su biblioteca? (SI/NO)

6 ¿Usted tiene interés en enriquecer su colección con índices generales y Cronologías? (SI/NO)

Si contestó "sí" a la pregunta 1 y "no" a todas las demás, su actitud es contradictoria. Usted colecciona los fascículos mecánicamente, pero en realidad no cuida su colección. Debe revisar su actitud.

Si contestó en forma despareja, usted está un poco desorientado con respecto a su colección. Lea atentamente las preguntas y respuestas correctas y comprenderá que, sin esfuerzo, puede mejorar su colección.

Si contestó "no" a la pregunta 1 y "sí" a todas las demás, es casi seguro que usted ya ha canjeado sus fascículos de LOS HOMBRES por los tomos encuadernados que aparecieron hasta ahora. Usted valora su colección y la cuida.

Lea las instrucciones al dorso

Precio de LOS HOMBRES

ARGENTINA:
Nº 119 al Nº 109 $ 1,50 m$n 150.-

COLOMBIA: $ 7.-
MEXICO: $ 5
PERU: S/ 18

URUGUAY: $ 90
VENEZUELA: Bs. 2.50